

CITA CON LOS ESPIRITUS

BURTON HARE

Y la presencia del esqueleto encadenado en el sótano, rodeado de los huesos de las ratas que lo devoraron.

Cayó un silencio de tumba tras estas palabras. Pareció despertar de su melancolía y exclamó:

—¿De qué otra cosa espantosa está hablando?

Fue ella quien explicó su aventura del espejo y de lo que habían descubierto al romperlo.

Luego, añadió:

—Antes de venir aquí hice averiguaciones sobre las historias de esta casa, las leyendas que la rodeaban y todo eso. Nadie me dijo una palabra de un ser humano enterrado en vida en compañía de un puñado de ratas hambrientas. De modo que este episodio de su historia familiar, señor, debe ser un secreto muy bien guardado hasta ahora.



Burton Hare

Cita con los espíritus

Bolsilibros: Selección Terror - 197

ePub r1.0

xico_weno 23.10.17

Título original: *Cita con los espíritus*
Burton Hare, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

SUMIDA en la oscuridad del cuarto, Patricia se propuso escuchar cualquier rumor que delatara las nocturnas andanzas de alguno de los habitantes de la enorme casona.

Hasta entonces nada había sucedido, pero había algo en el ambiente, en la atmósfera enrarecida de la casa y de los seres que vivían en ella que producía escalofríos. Era como una premonición, como si los espíritus de que tanto se hablaba en las conversaciones de sobremesa quisieran ponerla en guardia, prevenirla.

Pero prevenirla…, ¿de qué?

Patricia se cubrió con la sábana y pensó que debía verse un tanto ridícula metida en aquella enorme cama con dosel, desnuda entre frescas ropas que databan de unos tiempos en que aún no se conocían las fibras sintéticas…

De modo que tendió el oído hacia la densa oscuridad. Estaba segura de poder escuchar cualquier paso, cualquier rechinar de bisagras, cualquier movimiento que se produjera más allá de la puerta.

Lo único que percibió fueron los alterados latidos de su corazón. Así cayó en la cuenta de que el silencio que lo envolvía todo no era natural, no era lógico en una casa grande y vieja, habitada, y en una noche de tanto calor.

En aquella casa el silencio era total, absoluto.

Ese descubrimiento fue lo que la hizo estremecerse hasta los huesos.

Por lo común, las casas viejas poseen ruidos extraños. Las maderas crujen cuando sus fibras se contraen con los cambios de temperatura. Lastimeras corrientes de aire se filtran por ignoradas hendeduras, o algún postigo golpea la pared, o las ramas de los árboles centenarios rozan una ventana…

En Shadow House no había nada de eso.

Tan sólo un silencio tan completo como si se sintiera flotar en la nada absoluta de la muerte.

Patricia hubiera dado cualquier cosa por oír un ruido cualquiera. Notó que, a pesar del calor, la piel de su cuerpo estaba fría como el mármol y cruzó los brazos sobre sus senos desnudos. La sábana se estremeció y de pronto se consoló pensando en Dan Lacy.

Si por lo menos él estuviera allí.

Estuvo a punto de echarse a reír, porque al pensar en cuánto deseaba que Dan estuviera a su lado se dio cuenta de que estaba completamente desnuda en la cama, y con toda seguridad si Dan Lacy entrara de pronto por la puerta tendría oportunidad de formular algunos de sus afilados comentarios.

Pero Dan estaba en la ciudad y ella en la casona y no había que darle vueltas. Lo que fuera que hubiera que hacer habría de hacerlo sola.

El silencio que la envolvía volvió a tomar carta de naturaleza en sus sensaciones. Maldijo aquella carencia absoluta de rumores y pensó en cómo había empezado aquella absurda aventura, que no lo era por cuanto nada había sucedido.

En realidad, comenzó cuando Dan Lacy y ella coincidieron una mañana a la hora del desayuno en la misma cafetería próxima a la redacción.

Él traía los periódicos de la mañana, pero los dejó a un lado, sobre la mesa, para charlar con su acostumbrada despreocupación.

Ella le escuchaba pensando en otras cosas. De pronto vio el titular en uno de los diarios y dio un respingo.

—¡Mira eso! —Exclamó, desplegando el periódico—. Mi primo se casa.

Dan Lacy arrugó el ceño intentando entrar en esa nueva senda de ideas.

—¿Tu primo? —bufó—. ¿De qué estás hablando?

—Lee.

—Bueno, aquí dice… ¡Cristo, el millonario! —exclamó de pronto —. Ya no me acordaba de que tu familia desciende directamente de la más acrisolada alcurnia.

—Déjate de bromas. Yo no tengo un condenado centavo fuera de la paga que me dan todos los meses.

—Entonces tu primo ha acumulado toda la riqueza de los

Huntsville.

—Ni siquiera me alcanza el apellido —dijo Patricia riéndose—. El mío es sencillamente Hill.

—Bueno, el rey Midas se casa. ¿Qué tiene que ver contigo? Oye, ¿le conoces siquiera?

—Por supuesto. Es encantador, aunque medio chiflado.

—Si es cierta la cantidad de millones que posee puede permitirse el lujo de estar un poco loco.

—Se comunica con los espíritus —dijo la muchacha.

—¿Con…?

Dan Lacy se quedó con la boca abierta. Luego se echó a reír.

—De modo que es eso —cacareó riéndose—. Un espiritista.

—Algo así. Tiene poderes de médium y suele organizar sesiones de vez en cuando.

Callaron mientras ella continuaba leyendo el resto de la información. Cuando dejó el periódico dijo, pensativa:

—Es chocante… Se van a vivir a Shadow House.

—¿A la Casa de las Sombras? Pues sí que es un nombrecito para una luna de miel…

—No he vuelto a ver la casa desde que era una niña… no recuerdo siquiera su aspecto. Sólo sé que está en algún lugar de Massachusetts y que data del siglo dieciocho.

—Toda una reliquia.

—Me pregunto cómo será ella para admitir vivir allí.

—Una cazadotes —dijo Dan.

—¿Por qué habría de serlo?

—Ninguna chica con sentido común se casaría con un espiritista convencido, y encima se iría a vivir a una casa con fantasmas. Porque debe haber algún fantasma, digo yo, siendo tan vieja y llevando ese nombre siniestro. De modo que esa damita debe haber pensado en los millones de tu primo para aceptar esas condiciones.

—Eres imposible…

—Lo que no soy es tonto. Oye, Pat, tienes ahí un buen asunto.

—¿Yo?

—Cubre la información. La revista te pagaría trabajo extra por algo así si presentaras la cosa con su dosis de misterio, sus gotas de pimienta y un raudal de nauseabundo romanticismo trasnochado. Nadie como tú para hacerlo siendo pariente del novio.

—Tonterías…

Así había empezado, hacía ya casi dos semanas.

Y en dos semanas nada había sucedido y puede decirse que esa ausencia de acontecimientos era lo que mantenía a Patricia más alarmada a cada hora que pasaba.

Porque en la casona, en sus habitantes, en el joven matrimonio, reinaba una tensión electrizante, como esa extraña calma que precede a las tormentas.

Y luego, estaba ese silencio de tumba.

¿De tumba?

Patricia casi dio un brinco en la cama ante semejante pensamiento.

Sin embargo, eso parecía. Shadow House se le antojaba una vieja e inmensa tumba poblada solamente por los viejos recuerdos, reliquias de un pasado opulento y sombras de los que ya no vivían.

Al fin el sueño la venció y comenzó a sumirse en esa dulce y blanda somnolencia que precede al sueño total y profundo. Pensó que era extraño que se sintiera tan cansada precisamente en ese día que no había practicado ningún deporte, ni efectuado ninguna larga caminata. Y estaba cansada, muy cansada…

Se volvió en el lecho, los párpados pesándole como el plomo…

Entonces vio la sombra. Alta, inmóvil, de contornos imprecisos, parecía la silueta de alguien que flotara en la atmósfera, más negro aún que las tinieblas.

Pat dio un grito y un salto todo a un tiempo quedando sentada en la cama, con lo que la sábana se deslizó a lo largo de su cuerpo dejándola desnuda de cintura para arriba.

Cuando cayó en la cuenta de que no era ni siquiera decente mostrar a un fantasma el busto desnudo de una chica, la sombra ya no estaba allí y ella temblaba como si de repente la temperatura hubiera descendido a bajo cero.

Se subió la sábana poco a poco, y antes de tenderse nuevamente encendió la lamparilla de noche y la dejó así.

Al fin logró conciliar el sueño y a pesar de la luz encendida estuvo poblado de pesadillas.

CAPÍTULO II

DAN LACY leyó la carta dos veces y hasta una tercera lectura no se convenció de que, realmente, Patricia había escrito lo que aparecía garabateado en la hoja de papel.

—¡Fantasmas! —Bufó entre dientes—. Esa chica ha perdido la chaveta…

Patricia contaba una espeluznante experiencia de la noche en que viera una negra sombra, y hablaba del silencio que imperaba en la vieja casa. Contaba de la extraña tensión que parecía existir entre quienes la habitaban y de sus deseos de abandonar la idea del reportaje.

«Si por lo menos tú estuvieras aquí, Dan, todo sería distinto…».

Ese final del escrito le arrancó otro resoplido. Como si ella no supiera perfectamente que el trabajo le retenía en la ciudad por lo menos hasta su período de vacaciones.

No obstante, durante todo el día no pudo quitarse de la cabeza el extraño relato de la muchacha.

Pat no era una chica impresionable ni mucho menos histérica. Si afirmaba que había visto una sombra en su dormitorio, es que la había visto. Por lo menos, era seguro que había visto alguna cosa fuera de lo común.

Lacy cenó distraídamente y como era temprano se fue a la cantina donde solían matar muchas horas los hombres como él, solitarios y con trabajos más bien irregulares.

Sentado a una mesa, mirando melancólicamente su grueso vaso de *whisky*, empezó a pensar en aquella increíble luna de miel del millonario.

De una cosa pasó a la otra, de modo que cuando se acostó esa noche tenía algunas inquietantes preguntas sin respuesta y que a la mañana siguiente decidió aclarar.

Empezó por la flamante esposa del millonario primo de Patricia.

Su nombre era Eva Allen. Había trabajado en algunos programas dramáticos de televisión y en el teatro, aunque su nombre no le recordaba nada a Lacy, de modo que se dirigió a las oficinas de un afamado representante de estrellas.

Las paredes de aquellas oficinas estaban empapeladas con enormes fotografías de famosas y famosos de todos los ramos. Dan esperó a que el agente quedara libre y entonces pasó al despacho privado del hombre de teatro.

—Parece que las cosas te van viento en popa —comentó dejándose caer en una profunda butaca—. El diez por ciento de lo que cobran esos monstruos sagrados que adornan tus paredes, debe formar una cifra digna de interesar a los inspectores del fisco.

—No hables del demonio, Lacy, ya tengo suficientes problemas.

Se llamaba Holbein y presumía que le habían salido los dientes entre bambalinas. De cualquier modo que fuera, Dan sabía que estaba considerado como uno de los más efectivos representantes artísticos del país.

—Yo también tengo un problema —confesó al reportero encendiendo un cigarrillo—. Se llama Eva Allen.

—¿Eva Allen?

—Por casualidad, ¿la representas también?

—No. No representaría a esa pájara ni por el cincuenta por ciento… ¿Qué pasa con ella? Se ha casado con un «caballo blanco».

—Ya lo sé, pero quiero saber más, Stewart.

—¿De la Allen?

—Ajá.

—Nunca ha constado en mis nóminas, por supuesto. De todos modos la conozco. Ha trabajado en todos los géneros, desde burlesque a *strip-tease*. Intentó afirmarse como actriz, pero sólo es un hermoso cuerpo lleno de curvas y vacío de ideas.

—Ya veo. ¿Estuvo casada alguna vez?

—No lo sé, aunque me parece que sí… En México. Luego se divorció o algo así… ¿Por qué, hay algo sucio en esa nueva boda?

—¿Sucio? No, es sólo curiosidad.

—Tonterías. Tú no moverías el trasero de tu poltrona a menos de andar tras un buen reportaje. ¿Qué pasa, Dan?

—Te repito que nada concreto. Únicamente que esa dama se ha casado con el primo de una amiga mía y quería saber cosas de ella.

—Podrás averiguar montones de cosas sobre la Allen y ninguna buena. Ese pariente de tu amiga ha metido la pata al casarse con ella, te lo digo yo.

—¿Tú crees que puede haberse casado enamorada de él?

—No, a menos que ese individuo sea un Apolo tan bello como un dios griego o poco menos, además de tener una cuenta corriente inagotable. Te aseguro que esa dama no es una romántica en absoluto.

—De modo que crees que es una cazadotes, ¿eh?

—Tan seguro como que me llamo Holbein. Te apuesto doble contra sencillo a que dentro de unos meses solicita el divorcio acusando a su marido de crueldad mental… y pide un millón al año en concepto de alimentos y subsistencia.

—Con un millón al año puede hacer algo más que subsistir me parece a mí… Gracias, viejo. Llámame si alguna vez me necesitas.

—Lo recordaré cuando quiera promocionar a una de mis chicas —rió el agente.

Dan Lacy llegó a la puerta y antes de salir se volvió y dijo:

—¿Qué sabes de espiritismo y espiritistas, Holbein?

—¿Qué?

—Ya lo oíste.

—Todos esos tipos que se citan con los muertos me dan dentera. Están más locos que un cencerro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu Eva Allen se ha casado con uno de ellos…

Salió cerrando a su espalda. La bonita secretaria que enseñaba los muslos, frente a una máquina de escribir le miró y sonrió. A Dan Lacy siempre le sonreían las mujeres. Ésa era una de las razones de que siempre estuviera metido en líos.

Salió distraídamente. Si una pájara del calibre de la que el agente acababa de describirle se había casado con un millonario medio chiflado, había un noventa por ciento de probabilidades de que la boda terminase en tragedia. O por lo menos en sainete, si todo se reducía a un escándalo y subsiguiente divorcio…

Tal vez fuera buena idea echarle una mano a Patricia en ese reportaje que muy bien podía convertirse en suceso…

* * *

—Esta noche te lo demostraré —dijo Robert Huntsville mientras saboreaban un excelente café negro.

Acababan de cenar y estaban en el salón amueblado con los mismos muebles de origen. No resultaban muy cómodos, pero poseían el valor de las antigüedades y le daban una atmósfera casi espartana a la estancia.

Patricia ya se arrepentía de haber sacado el tema a colación.

Eva Allen, la hermosa flamante esposa, rió como si aquello resultara el más atractivo tema de conversación.

—¡Espléndido, Bob! —exclamó—. Yo también quiero disfrutar de esa experiencia excitante.

Era una rubia platino de pechos y caderas opulentos. Su cara de tez como la seda tenía la belleza suficiente para disimular el duro rictus de su boca voluntariosa y la firmeza de su mentón. Los ojos eran azules y podían adoptar una mirada tan dulce como la de una gacela en celo.

La otra pareja que compartía la velada con el dueño de la casa aplaudieron también la idea. Eran un joven matrimonio amigo de Eva y que respondían al nombre de Nathaniel y Marion Gibbs. Patricia aún no había podido catalogarlos ni comprender exactamente qué estaban haciendo en la casona en plena luna de miel de su primo.

Nathaniel Gibbs era un individuo delgado, de maneras reposadas y mirada penetrante. Sus ojos negros parecían captar sin verlo todo lo que sucedía a su alrededor. Incluso cuando sonreía uno advertía que su mirada continuaba estando alerta. Hablaba poco y apenas prestaba atención a su mujer.

Patricia estaba dispuesta a jurar que entre aquella pareja había no pocos motivos de tensión y disgusto, aunque trataran de disimularlo en presencia de los demás.

—No quisiera que por un comentario mío… —insinuó la joven, interrumpiéndose ante el ademán enérgico de su primo.

—Ese comentario tuyo poniendo en duda la trascendencia del espiritismo, querida prima, es sólo una excusa para mí. Esta noche, a las doce, celebraremos una sesión y espero convencerte de que más allá de todo lo conocido por los hombres hay un mundo terrible, profundo y poderoso que puede manifestársenos si sabemos cómo llamar a su puerta.

—Y tú lo sabes, por supuesto —dijo la esposa de Gibbs.

Su voz no sonaba muy convencida. Incluso podía adivinarse en

ella un cierto escepticismo burlón.

Robert Huntsville la miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que lo sé —dijo secamente—. Me he comunicado muchas veces con el Más Allá.

Marion Gibbs sonrió, condescendiente. Encendió un cigarrillo con ademanes lánguidos y pareció desentenderse de la conversación.

Era una mujer que había dejado atrás sus mejores años. En torno a sus ojos y en las comisuras de su boca comenzaban a marcarse, implacables, multitud de pequeñas arrugas, y a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, en todo su curvilíneo cuerpo tendían a aparecer las huellas del declive. Tal vez por eso ponía tanto esmero en su trato con Nathaniel, su esposo, rodeándole de atenciones, expresiones de afecto y hasta algunas que llegaban mucho más allá de lo permitido por las conveniencias sociales.

Patricia Hill se disponía a replicar cuando sonó el horrísono estampido de un trueno que hizo tintinear los cristales de las enormes lámparas del techo.

—Todo el día estuvo amenazando tormenta —comentó Robert Huntsville—. En esta época del año suelen ser muy ruidosas por estas latitudes.

—Me aterran los relámpagos —confesó Eva estremeciéndose.

—Entonces harás bien cerrando la ventana, querida —rió su marido—. Y corre las cortinas también.

Ella obedeció. Llegó a la ventana, que estaba provista de auténticas persianas Deerfield, y cuando se disponía a cerrarlas la vieron ponerse rígida y exclamó:

—¡Bob!

—¿Qué pasa?

—¡Ahí…!

Se apartó de la ventana apresuradamente. Todos se levantaron y su esposo corrió hacia ella.

—¿Qué sucede, querida? —exclamó.

—¡Ahí… los ojos, Bob!

—¿Ojos?

—¡Me miraban!

—Vamos, tranquilízate. ¿De qué diablos estás hablando?

Ella miró a todos los que la rodeaban ahora, solícitos. Sus

agresivos pechos se agitaban con la violenta respiración.

—Me pareció… una sombra… y poseía unos ojos de fuego.

—No digas tonterías —gruñó Nat Gibbs—. Que Robert invoque a los difuntos no quiere decir que los fantasmas ronden las ventanas de esta casa.

—¡Pero yo vi esos ojos, Nat…!

—¡Oh, cállate ya!

Patricia se sobresaltó. No le pareció que aquélla fuera la manera correcta de dirigirse un invitado a la dueña de la casa.

Robert Huntsville estaba asomado a la ventana dejando que las primeras gotas de lluvia le azotaran el rostro mientras intentaba penetrar las tinieblas del exterior con la mirada azorada.

—No se ve nada —refunfuñó, cerrando las persianas, la ventana y corriendo las pesadas cortinas—. No comprendo qué fue lo que te asustó.

Un segundo trueno, estruendoso como el primero, estalló de repente. La luz de las lámparas osciló unos instantes y luego se afianzó de nuevo.

Patricia encendió un cigarrillo. Apartada de los demás, podía observarles a todos con sus ojos inquietantes.

Así sorprendió la aguda mirada que Nathaniel Gibbs dirigía a Eva. Vio cómo ésta se estremecía y desviaba los ojos a otro lado.

Para entonces, el estruendo de la lluvia desplomándose como una catarata atronaba el aire. Los truenos se sucedían y el estallido de la tormenta alcanzó en unos minutos la cúspide de la violencia.

Justo en el instante en que el gran reloj de pesas daba la primera campanada de las once de la noche, las luces oscilaron, debilitándose, y tras un parpadeo se apagaron definitivamente sumiéndoles en espesas tinieblas.

Eva soltó un gritito de pánico. Marion Gibbs barbotó un comentario poco edificante hacia la instalación eléctrica del viejo caserón, y Robert dijo algo sobre que permanecieran quietos, que se ocuparía de tener luz inmediatamente.

Patricia, hundida en su butaca, apurando el cigarrillo, sintió de pronto como si una ráfaga de aire helado le acariciara la nuca. Se estremeció, inquieta sin saber por qué, ya que nunca la había asustado la oscuridad.

Entonces sucedió aquello.

«No temas nada, Carol…».

Dio un respingo porque le había parecido que aquellas palabras habían sido pronunciadas junto a su oído. La sensación de frío en la nuca se intensificó hasta un extremo insoportable y luego cesó tan súbitamente como había empezado.

—¿Quién dijo eso? —exclamó.

De la oscuridad le llegó la voz de Nat Gibbs.

—¿Quién dijo qué? Yo no oí nada.

—Alguien me habló con voz queda.

—¿Y qué te dijo, si aceptabas compañía para compartir tu solitaria alcoba, primita?

—No seas grosero, Bob… me pareció que alguien se dirigía a mí, eso es todo.

—Querida, los espíritus sólo te hablarán cuando celebremos nuestra sesión, esta noche.

Patricia estuvo tentada de decirle que ella no quería asistir a semejante experimento, que prefería retirarse y acabar con la tensión que aquella oscuridad impenetrable producía.

No dijo nada de eso y continuó oyendo el estampido de los truenos y el ruido violento de la lluvia.

Luego, un sirviente apareció en la puerta con dos candelabros encendidos. La luz vacilante de las velas disipó en parte las sombras y todos suspiraron, aliviados.

El dueño de la casa gruñó:

—¿Alguien ha verificado la instalación, Gannet?

—Desde luego, señor. La avería es exterior, en la conducción general.

—Está bien. Ocúpese de que haya luces en los dormitorios.

—Muy bien, señor.

—Y que preparen café para todos. Después pueden ustedes retirarse.

—Así lo haremos, señor.

El sirviente se retiró de la puerta, cerrándola a sus espaldas.

Eva estaba hundida en un extremo del diván. En su cara pálida aún conservaba la expresión aterrorizada por lo que había visto más allá de la ventana. Una sombra negra y unos ojos como de fuego.

De pronto susurró:

—Voy a mi cuarto hasta la hora del experimento, Bob… Estoy

muy cansada y nerviosa.

—Te acompañaré.

—No es necesario, de veras.

Nat y su mujer también se levantaron.

—Llámanos cuando decidas empezar, Bob —dijo Gibbs—. Pero no lo demores mucho o nos encontrarás dormidos.

Se fueron también hablando en voz baja entre ellos.

Robert Huntsville miró la puerta cerrada y gruñó:

—Pusilánimes. Se asustan de una simple tormenta.

Patricia aplastó el cigarrillo en un cenicero.

—Ahora que estamos solos, Bob —dijo—, quizá decidas confiar en mí.

—No te comprendo, Pat.

—¿De veras pretendes hacernos creer en fantasmas?

—No seas estúpida tú también. No hay nada fantasmal en una sesión de espiritismo.

—Sospecho que tus invitados no te toman en serio.

—¿Y tú?

—No lo sé. Lo cierto es que el clima de esta casa sería ideal para invocar a seres del otro mundo. ¿Te has fijado en el silencio que reina aquí cuando te has acostado?

Él la miró largamente sin replicar.

—¿El silencio? —Murmuró al fin—. Es lógico que haya silencio si todos estamos acostados por las noches. ¿Qué diablos esperabas oír, rechinar de cerraduras y arrastrar de cadenas?

—No bromees. Y presta oído cuando te acuestes.

—Pero, vamos, Pat. ¿Qué es lo que te pasa? Si todos estamos en nuestros dormitorios, ¿qué ruidos crees que debiera haber?

—No sé… El crujido de las maderas, cosas así, ya sabes.

—No, no lo sé. Todo esto son tonterías.

—¿Y la tensión que se percibe en la atmósfera, también son tonterías, Bob?

Él se encogió de hombros.

—Estás nerviosa —dijo solamente.

—Ya puedes jurarlo. Dime una cosa, Bob. ¿Por qué te trajiste a los Gibbs, y por qué me admitiste a mí? Lo lógico era que tú y Eva desearais estar solos…

—Nat y Marion son íntimos amigos de Eva. En realidad, es como

si fueran hermanos. Y en cuanto a ti pensé que era preferible tenerte aquí y que hicieras tu trabajo desde dentro, a tener que soportar el asedio de un montón de mal educados reporteros.

—Entonces fue Eva quien quiso traerse a los Gibbs.

—Por supuesto, fue ella. Pero te confieso que no nos molestan en absoluto. Son muy agradables. Y tú también lo eres, querida.

—Eres muy amable, Bob.

—¿Te importa que te deje sola unos minutos? He de realizar algunos preparativos para la sesión.

—No te preocupes, esperaré aquí.

Él le sonrió y se fue. Al quedar sola, Patricia pensó en lo que Eva afirmaba haber visto en la ventana…

Una sombra negra con ojos de fuego…

Y aquel extraño frío sentido en la nuca, y aquellas palabras absurdas dirigidas a una Carol que no existía…

Sin duda, la estancia en la casona se le antojaba cada vez menos atractiva.

CAPÍTULO III

ERA una gran habitación cuadrada, cubierta de tapices negros sus paredes, el suelo y el techo. Incluso la puerta era negra y una vez cerrada resultaba casi invisible.

En cada rincón titilaba la llama de un enorme cirio y ésa era toda la iluminación. En el centro geométrico del cuarto había una mesa redonda cubierta también por un paño negro. En torno a ella, las sillas necesarias para todos ellos.

Los invitados a la sesión miraron en torno estupefactos, mientras Robert Huntsville señalaba a cada uno su silla.

Patricia se estremeció al sentarse. Estaba pálida y asustada, no por lo que ella consideraba una simple superstición, casi una mascarada, sino por lo que hasta entonces había sucedido en su torno.

Las apariciones de aquellas sombras negras, de aquellos ojos de fuego que Eva afirmaba haber visto; la sensación helada en su nuca y, sobre todo, las extrañas palabras… ¿Quién podía ser Carol, y quién las había pronunciado?

Robert dijo con voz lenta:

—Por descontado, no hay nada que temer en una sesión de espiritismo. Únicamente la tensión que cada uno sufrirá al tener que concentrarse mentalmente en una sola dirección. Si después de las explicaciones que he dado hasta ahora alguno tiene dudas, que pregunte en este momento, antes de empezar.

Nadie dijo una palabra y todos tomaron asiento.

—Unamos nuestras manos —dijo.

Patricia sintió su mano derecha apresada por Nat Gibbs. La izquierda se unió con la de la Marion. Oyó distraídamente la voz de su primo que decía:

—Pensemos en la evocación de los espíritus, en el poder del más allá que deseamos ver manifestado. El espíritu…

Su voz calló y se hizo un silencio inmenso. Luego, el joven millonario volvió a hablar con voz apenas audible, palabras y palabras que sonaban como una salmodia y que para Patricia apenas significaban nada, atenta al ligero temblor que notaba en la mano de Marion Gibbs.

Marion estaba temblando. Para Patricia ese descubrimiento fue algo chocante por decirlo de algún modo, porque Marion Gibbs no le había parecido precisamente una mujer pusilánime ni mucho menos.

Quizá tenía miedo. Pero si era así, no podía tener miedo de los espíritus que Bob pudiera invocar.

De pronto la voz de éste se agudizó. Tenía los ojos cerrados y de entre sus labios brotó un nombre:

—¡George…!

Alguien emitió una suerte de quejido al oírlo. Luego, el médium sufrió una tremenda sacudida, como un violento espasmo, y quedó rígido, los labios entreabiertos y los ojos cerrados, tenso como una tabla.

Patricia le miró por entre sus párpados entornados. Le vio pálido, ceniciento. También la mano de Nat que sujetaba la suya se había puesto tensa y rígida mientras el temblor de la que tenía en su izquierda se agudizaba.

Entonces vio algo más. Algo que le hizo olvidar instantáneamente esas percepciones físicas.

Veía el enorme candelabro del rincón cómo se alzaba lento y seguro.

Parpadeó. No podía ser cierto y estuvo a punto de lanzar un grito.

El pesado candelabro estaba ya a varias pulgadas del suelo, elevándose majestuoso como sostenido por poderosas y grandes manos invisibles. La llama del cirio osciló mientras el candelabro subía más y más… Luego, la llama se apagó y el candelabro quedó quieto casi un metro por encima del suelo.

Patricia sintió un espasmo de pánico. Oprimió los dedos de Nat y cuando éste ladeó la cabeza para mirarla susurró:

—¡Allí…!

Nat también vio entonces el candelabro. Su boca se abrió espasmódicamente, aunque ningún sonido brotó de ella.

Robert jadeó:

—¡George… háblanos… George…!

Un soplo helado pareció cruzar la estancia. Patricia lo notó en la nuca, como sucediera antes en el salón. Era igual que si la acariciara una ráfaga de aire polar… se estremeció.

Entonces, Eva advirtió la dirección de la desorbitada mirada de Nat y ladeó la cabeza, para descubrir a su vez el candelabro que de nuevo oscilaba elevándose más.

Lanzó un alarido agudo como el filo de un cuchillo. Hubo un estrépito cuando el candelabro cayó pesadamente al suelo, donde rodó un par de veces antes de quedar quieto, derribado y con el grueso cirio roto en tres pedazos.

Robert pareció despertar violentamente de un profundo sueño.

—¡No debiste gritar! —exclamó, colérico—. Has roto la concentración… y la concentración es imprescindible. Casi lo tenía… lo sentía más cerca que nunca.

—¡No pude soportarlo! —jadeó Eva.

—¿Soportar qué?

—¡Mira!

Su dedo rígido señalaba el candelabro caído.

Robert ladeó la cabeza y enarcó las cejas.

—¿Se cayó?

—¡Infiernos cayó! —Dijo Nat con voz ruda—. ¡Alguien estaba alzándolo en el aire… casi un metro del suelo! Luego la llama se extinguió y al gritar Eva el candelabro se ha desplomado al suelo. ¿Cómo explicas eso, Bob?

—Sabía que algo debía suceder… sentía su espíritu más próximo que nunca. Todas las veces que lo había intentado fracasé menos ésta… y tú lo has estropeado —terminó dirigiéndose a su esposa y sacudiendo la cabeza.

Patricia susurró:

—¿No es un truco, Bob?

—¿Qué truco ni qué…? —Se levantó furioso—. ¡Oh, al diablo con todos! No comprendéis nada. ¡Trucos! Los espíritus no necesitan trucos para manifestarse. Sólo concentración y voluntad para llamarlos, para desear que se nos manifiesten de cualquier modo.

—¿Y el aire helado?

Todos la miraron estupefactos.

—¿De qué hablas? —Gruñó Robert—. ¡Aire helado! ¿Qué otras tonterías se te ocurrirán?

—Noté como un soplo de aire helado en la nuca… y es la segunda vez. La primera fue en el salón, cuando alguien me habló.

—Tonterías —bufó Nat—. Nos hemos puesto nerviosos y acabaremos viendo fantasmas realmente. No consigo explicarme lo sucedido con el candelabro, pero el fenómeno de la levitación debe tener algo que ver en eso. Se ha experimentado con éxito en parapsicología, incluso en sesiones universitarias.

Con voz que temblaba, Marion Gibbs balbuceó:

—¿Qué nombre pronunciabas, Bob?

—El de mi hermano. Siempre he intentado comunicarme con él desde que murió pero jamás había obtenido el menor éxito. Excepto hoy… «sé» que estaba aquí, que iba a manifestarse de algún modo.

Hubo un silencio tenso e incrédulo. Luego, Patricia se levantó.

—Ya tengo suficiente por esta noche —dijo—. Voy a acostarme, Bob. Buenas noches a todos.

La salida de la muchacha fue la señal para levantar la reunión. Las otras dos mujeres y el dueño de la casa salieron tras ella dirigiéndose al salón.

Nathaniel Gibbs se entretuvo encendiendo un cigarrillo hasta que quedó solo. Entonces se acercó al candelabro y lo levantó.

Pesaba una barbaridad porque era de bronce macizo. Lo examinó pulgada a pulgada. Si esperaba encontrar rastros de algún alambre que lo hubiera sostenido en el aire se llevó un chasco. No había la menor señal de ningún truco.

Pensativo, abandonó también la sombría estancia. Había velas esparcidas por toda la casa en sustitución de la luz eléctrica.

Justo cuando llegaba al salón, la electricidad volvió y las lámparas se encendieron mostrando los pálidos rostros de todos ellos.

Sin una palabra, Nat Gibbs fue a prepararse un *whisky*.

Fuera seguía rugiendo la tormenta y la lluvia redoblaba contra las paredes y las ventanas, persistente y monótona.

CAPÍTULO IV

DAN LACY miró en torno asombrándose de que alguien pudiera poseer semejante cantidad de libros, la mayoría volúmenes gruesos, sólidos, que ocupaban las inmensas estanterías que rodeaban por completo la biblioteca en que había sido introducido.

En los escasos huecos dejados en alguna pared, viejas litografías representando escenas de la historia de América parecían afirmar así la profesión del hombre que deseaba entrevistar.

Había una gran mesa de trabajo cerca del ventanal y los papeles, legajos, libros y documentos la inundaban por completo. Cerca de ella, otra mesa más pequeña contenía una máquina de escribir eléctrica que emergía con dificultad de otra montaña de papeles.

Dan encendió un cigarrillo y a través del ventanal dio un vistazo al frondoso jardín que se vislumbraba más allá. Entonces, a sus espaldas una voz profunda dijo:

—No sabía que se interesara usted por la historia americana, Lacy.

Se volvió. Un hombre viejo, de rostro atezado y ojos vivos, le miraba sonriendo.

—Gracias por recibirme, profesor —replicó—. Pero sólo me interesa una pequeña parcela de esa historia.

—Siéntese… Le confieso que suelo leer sus reportajes de vez en cuando, cosa que entre mis colegas no es bien visto. Consideran que la crónica criminal del país no es materia para sesudos varones universitarios.

—Y menos para un ilustre historiador como usted —rió el periodista sentándose frente a la mesa.

El profesor se llevó una quemada pipa a los labios pero no la encendió.

—Me sorprendió mucho cuando me anunciaron que deseaba verme usted —dijo—. Veamos en qué puedo ayudarle.

—Me interesa una vieja mansión de carácter más o menos histórico, profesor. Tengo entendido que existe un catálogo o algo así sobre casas de este tipo, pero no he podido encontrarlo en la biblioteca local.

—¿Dónde está esa casa, para empezar?

—En Massachusetts. Tiene un nombre siniestro, ¿sabe? Se llama Shadow House.

—«La Casa de las Sombras…» —sonrió el profesor—. Es cierto que hay multitud de antiguos edificios catalogados, pero sólo los que de algún modo han tenido que ver con vuestra historia, o con hechos de armas relacionadas con ella. O los ejemplares que son auténticas joyas arquitectónicas… Veremos.

Se levantó y fue a revisar los volúmenes de una estantería. Cuando regresó a la mesa llevó consigo uno de ellos.

—Si hay algo sobre Shadow House, en Massachusetts, tiene que estar aquí —murmuró, abriendo el libro.

—Supongo que no indicará si contiene algún fantasma, ¿no es cierto, profesor?

—Quizá sí… En las descripciones suelen incluirse las leyendas locales que rodean cada mansión… Aquí está, Shadow House. Aunque no hay mucho que digamos…

Leyó para sí la breve reseña y sacudió la cabeza.

Luego explicó:

—Según consta en este registro, Shadow House es una mansión histórica construida hacia 1759. El primer propietario se llamó Levi Huntsville y fue uno de los pioneros de la independencia. Asistió a reuniones independentistas siendo ya un anciano. Su hijo Jonás prosiguió sus mismos ideales y fue colaborador de varios de los firmantes de la Declaración de Independencia. La casa fue parcialmente destruida por las tropas del general Gange durante la guerra y reconstruida más tarde siguiendo fielmente el modelo anterior. ¿Le interesa también la lista de obras de arte que contiene esa residencia?

—En absoluto. ¿Ha pertenecido siempre a los Huntsville?

—Siempre, aunque estuvo a punto de pasar a otras manos cuando el heredero fue asesinado en 1826… Sin embargo continuó en poder de la familia hasta la fecha de redacción de este catálogo, aunque no hay detalles de ese crimen ni de cómo consiguieron que

siguiera en manos de los Huntsville.

—De modo que hubo también un asesinato en la familia…

—Ciertamente. El heredero asesinado se llamaba George Huntsville. Es posible que juzgando por las fechas, la manera de morir y la antigüedad de la familia, en los medios próximos a esa residencia se forjaran algunas leyendas en torno a todo ello. Y ahí podría tener usted su fantasma, señor Lacy.

—¿Dijo que el heredero asesinado se llamaba George?

—Efectivamente. George Huntsville.

—Es curioso…

—¿Por qué? Eso sucedió en 1826.

—Sin embargo, otro heredero llamado George Huntsville murió en un extraño accidente de automóvil hace menos de ocho meses. El coche que conducía se despeñó por un precipicio de casi cien metros de profundidad. Se hizo pedazos, naturalmente.

—Sí que es una coincidencia sorprendente. Y casi tan sorprendente resulta que usted se interese por ese accidente siendo uno de los más renombrados periodistas de sucesos, señor Lacy.

—Le aseguro que mi interés es puramente personal. Por lo menos hasta ahora —añadió, intrigado.

—De cualquier modo, eso es todo lo que yo puedo hacer por usted. Lamento no estar en condiciones de ayudarle más extensamente, pero…

—Lo comprendo. Y le quedo sumamente agradecido.

El profesor le despidió amablemente en la puerta y Dan atravesó el jardín más pensativo que a su llegada.

Realmente era una coincidencia que los dos herederos de los Huntsville muertos violentamente llevaran el mismo nombre, Pero esa coincidencia, en el caso actual, tal vez pudiera dar de sí el material suficiente para un buen reportaje. Habría que hablar con Patricia sobre ello…

Condujo el coche de regreso al centro y no se detuvo hasta el edificio de la jefatura. Lo estacionó en un lugar prohibido y entró.

Jack Haines era un hombre macizo, de elevada estatura y escaso cabello. Como teniente de homicidios había visto ya todo lo sórdido que había que ver en este mundo y no se sorprendía por nada.

A Haines fue a quien Dan Lacy buscó directamente en su despacho.

—Hace mucho tiempo que nos dejabas en paz, Dan —comentó el policía—. ¿Qué pasa, andas escaso de temas?

—Al contrario, los criminales me dan los temas casi a domicilio. Pero esta vez no se trata de mi trabajo.

—Entonces, ¿qué?

—Curiosidad puramente personal. Un accidente de coche, hace unos ocho meses. Quiero saber si hubo algo raro en él, si la policía investigó alguna posible motivación o algo así. Ya sabes lo que quiero decir.

—Nosotros no nos ocupamos de los accidentes. Dan. A menos que sean hechos criminales.

—¿Crees que no lo sé? Pero no tengo a nadie a quien recurrir, de modo que échame una mano.

—Tienes suerte, estaba aburriéndome… ¿Qué accidente fue ése?

—La víctima se llamaba George Huntsville. Se despeñó con su coche, un bólido de esos deportivos europeos, por un barranco de las montañas… un lugar llamado Lorraine Valley. Él se hizo migas y el coche se incendió.

—No debió interesar al Departamento porque no me suena ese nombre… De cualquier modo lo consultaré.

Descolgó un teléfono de los tres que había sobre su mesa y habló con alguien cuya voz resonaba metálica fuera del aparato.

Después de devolver el auricular a su sitio dijo:

—Están revisando ese asunto. Ahora cuéntame qué andas buscando en ese accidente.

—Lo creas o no, sólo intento ayudar a una amiga mía.

—Es sorprendente la cantidad de amigas que tienes, viejo.

—Calumnias. Ésta es especial. Está peleando con fantasmas.

El teniente enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que está loca o algo así?

—¡Cuernos, no! Pero se encuentra en una casa con fantasmas.

—Me tomas el pelo, claro.

—Ella asegura en sus cartas que ve sombras extrañas, con ojos de fuego y cosas así. Además, asiste a sesiones de espiritismo, de modo que si unes a todo esto una antigua mansión del siglo dieciocho tendrás todo un cuadro de tintes siniestros.

—¿Y qué tiene que ver eso con el accidente de que me hablaste?

—El accidentado era el heredero de esa casa y de una inmensa

fortuna.

—¿Lo heredó a él esa amiga tuya?

—No. El muerto tenía un hermano que fue quien se embolsó los millones.

Haines frunció el ceño.

—Millones, accidente raro, y tú metiendo la nariz en esta ensalada… Es como para tenerlo en cuenta.

Dan se encogió de hombros.

—Me gusta aclarar mis dudas, eso es todo. Creo que ni tú ni yo tenemos excesiva confianza en el género humano, ¿no es cierto, Jack?

—Yo, por supuesto que no.

Sonó el teléfono y el policía lo descolgó de un zarpazo.

—Hable —gruñó.

Dan encendió un cigarrillo mientras contemplaba al teniente tomar notas en el reverso de un sobre viejo.

Cuando colgó Haines sacudió la cabeza, dubitativo.

—Amigo —dijo, pensativo—, tanto pudo haber algo raro en ese accidente como no haberlo. El coche quedó convertido en un montón de chatarra calcinada, de modo que no pudo encontrarse ni la sombra de una huella de nada sospechoso. Rompió el pretil de la carretera y se despeñó. Voló materialmente por el aire hasta el fondo debido a la tremenda velocidad que llevaba, así que el golpe que dio allá abajo debió sonar como una bomba. Y tuvo los mismos efectos, por descontado.

—¿Qué investigaciones se llevaron a cabo? Se trataba de alguien importante a mi entender.

—Las de costumbre. Se localizó a la familia, pero el hermano de la víctima estaba en Europa por aquellas fechas y hubo que recurrir a nuestra Embajada en Francia. Lo encontraron en la Costa Azul. Como parientes cercanos sólo había el hermano, excepción hecha de una prima lejana llamada… este… Aquí está… Patricia Hill, que fue la primera que acudió.

—¿Nada sospechoso en las últimas horas del muerto?

—Sólo que había asistido a un fiesta, bebido más de la cuenta y que no pudieron hacerle desistir de conducir el coche en esas condiciones. Parece ser que el tipo era un cabeza loca, podrido de dinero.

—Ya veo. ¿Eso es todo?

—Ciertamente. No hay nada extraño teniendo en cuenta todas estas circunstancias. El único beneficiario de su muerte era el hermano, y se encontraba en Europa desde cinco o seis meses antes del accidente. Eso sí se comprobó.

—Bien, no esperaba gran cosa tampoco. Pero me gusta atar todos los cabos de cualquier asunto en el que entre de lleno, como en éste. Voy a largarme a Massachusetts a ver los fantasmas.

Haines sacudió la cabeza.

—La tienes tomada con eso —gruñó—. Supongo que esa dama que te escribe sobre apariciones y cosas raras es tan curvilínea como tus otras amistades femeninas por lo menos.

Dan rió al levantarse.

—Las supera sin dificultad. Si yo fuera un fantasma te juro que también me gustaría colarme en su dormitorio por las noches.

Haines soltó un bufido y eso fue casi su despedida.

Dan Lacy llegó a la calle cuando el crepúsculo oscurecía el firmamento. Un guardia celoso de su deber había colocado el boleto de multa en el parabrisas de su coche. Lo tomó y delicadamente lo dejó sujeto en el coche vecino al suyo. Luego emprendió la marcha y ya era noche cerrada cuando llegó a su apartamento.

Se preparó un *whisky* y fumó un par de cigarrillos, pensado en esto y aquello.

Luego consultó una de las cartas de Pat y marcó el número de teléfono que ella le indicara.

Esperó una, eternidad antes de obtener comunicación. Luego, una voz que se le antojó débil y temblorosa dijo algo que no entendió.

—Deseo hablar con Patricia Hill —dijo.

Hubo otro murmullo, unos ruidos y tras esto la voz de la muchacha.

—Soy Dan —anunció—. Dan Lacy. Voy a salir en…

—¡Dan!

Fue casi un chillido que le perforó el tímpano.

—¿Qué te pasa, ángel?

—¡Oh, Dios! Estuve llamándote toda la tarde… ¡Dan, por favor, tienes que venir!

—¿Qué pasa? Precisamente me disponía a decirte eso, que iba a

ver tus fantasmas.

—¡Es horrible…!

—Pero bueno…

—Han asesinado a Gannet —dijo Pat apresuradamente.

—¿Quién?

—El mayordomo de mi primo.

—¡Atiza! Un mayordomo, como en las buenas novelas… De modo que lo han despachado. ¿Se sabe quién fue?

—¡No bromees, Dan!

—Nada de bromas. Saldré esta misma noche. Sólo indícame cómo podré localizar ese antro en que vives.

Ella empezó a hablar precipitadamente. Estaba a mitad de su explicación cuando sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Maldiciendo entre dientes, Dan Lucy volvió a marcar el mismo número. Ya no pudo volver a establecer comunicación con La Casa de las Sombras.

CAPÍTULO V

PATRICIA colgó el teléfono después de sus inútiles intentos de restablecer la comunicación.

Sentía la sensación viscosa del miedo culebrear por su espalda. Al volverse, descubrió a su primo plantado en la puerta que la miraba con ojos azorados.

—¡Han cortado la línea, Bob! —exclamó corriendo hacia él.

—¿Con quién hablabas?

—Con Dan Lacy… Un compañero de redacción. ¡Oh, por Dios! ¿Es que no comprendes? ¡Alguien ha cortado la línea telefónica!

—No digas tonterías…

Robert Huntsville descolgó el teléfono y escuchó. Sacudió un par de veces el soporte y al final debió darse por vencido.

—No tiene objeto —gruñó—. Si ya estuvo aquí la policía… ¿Por qué nadie puede tener interés en dejarnos incomunicados?

Se dejó caer sentado en una butaca y se cubrió el rostro con las manos.

Casi sin voz farfulló:

—Hay presencias invisibles y poderosas alrededor, Pat… Lo siento, puedo sentirlas con toda nitidez…

La muchacha bufó, iracunda.

—¿Qué pasa contigo? —exclamó—. Se ha cometido un asesinato, Bob. Ha muerto un hombre, y ahora alguien nos ha dejado sin comunicación con el exterior y todo lo que se te ocurre son esas tonterías del Más Allá.

—No son tonterías, Pat. Créeme. Sé lo que me digo.

—¿Es que piensas que uno de esos seres del otro mundo ha cometido el crimen, que un fantasma ha manejado el cuchillo?

Huntsville no replicó. Parecía ausente de cuanto le rodeaba, ajeno a la tragedia y a la latente amenaza que ese corte de la línea telefónica podía implicar.

Desesperada, Patricia le dejó hundido en la butaca y corrió a su habitación. La luz estaba encendida y tras cerrar la puerta con llave comprobó que también la ventana estuviera asegurada. Sólo entonces se relajó en parte y dejándose caer sobre la cama suspiró tratando de serenarse.

No lo consiguió hasta pasado mucho tiempo. En su imaginación seguían vivas las imágenes atroces que viera al descubrir el cuerpo casi decapitado del mayordomo. Había sido un crimen salvaje y brutal, incalificable.

Luego, estaba la ineptitud de los dos policías rurales que acudieron a la llamada de Robert. Hombres zafios y rutinarios cuyos mayores logros profesionales constituían en encerrar los borrachos de los sábados por la noche.

Y ahora, lo del teléfono.

Se estremeció. Afortunadamente, Dan se habría puesto ya en camino, y él sí podría desenvolverse en una situación semejante. Podía decirse que ése era su ambiente preferido.

Al fin se levantó. Volvió a comprobar la firmeza de la ventana cerrada. Luego hizo otro tanto con la puerta sólo para tranquilizarse y tras esto se desvistió.

Cuando se deslizó entre las sábanas deseó que el sueño acudiera cuanto antes para olvidar aquel terrible día vivido.

Dudó entre apagar o no la luz. Sabía que estaba segura en esa habitación cerrada a la que nadie podría entrar sin llamar, o sin echar la puerta abajo.

Al fin acabó apagando la luz y dando la vuelta entre las frescas sábanas cerró los ojos con cansancio.

No supo cuándo empezaba el sueño. Fue como si aquello siempre hubiera estado allí. Un mundo extraño, distorsionado; un mundo irreal poblado de flotantes sombras que le hablaban. No sentía miedo porque aquellos seres informes no eran amenazantes, más bien se le antojaban amistosos. Querían decirle algo concreto, comunicarse de algún modo, pero no tenían voz.

Ella se esforzaba por entender. Los miraba y estaban por todas partes, a su alrededor, entre los recovecos de un paisaje increíble y atormentado, flotando en el espacio, gesticulando, mirándola con unos ojos como llamas, simples puntos rojizos moviéndose aquí y allá…

La atmósfera de aquel mundo era fría como el hielo. Y no había luz alguna. No había luz y sin embargo las negras sombras se destacaban perfectamente.

De pronto, uno de aquellos seres se destacaba y avanzaba hacia ella. La miraba y levantaba las manos, flotantes como todo él.

Y sin ningún temor, ella se le acercaba, acudía a esa especie de súplica, cual si quisiera refugiarse en sus brazos protectores.

Lo único inquietante era aquella atmósfera helada…

Fue el frío lo que la despertó.

Se estremeció en el lecho y abrió los ojos, sobresaltada. El frío estaba allí, una sensación real, física, no producto de ninguna pesadilla.

Cuando se había acostado, la habitación cerrada estaba excesivamente caldeada, razón por la cual se había metido en la cama completamente desnuda.

Sin embargo, ahora el frío era insoportable, estremecedor.

Miró a la oscuridad que la envolvía mientras su mente se libraba del aturdimiento del sueño. Fue entonces que descubrió los dos flotantes puntos rojos en la negrura del cuarto.

El terror le impidió incluso gritar. Una sombra imprecisa se erguía como un ser incorpóreo cuyos ojos fueran de rojas llamas.

Se incorporó tanteando en busca de la luz. El frío casi la paralizaba y notaba cómo temblaba violentamente. Fugazmente se dio cuenta de que los seres de su pesadilla eran como aquella «cosa» que estaba allí y en la pesadilla no les temía…

—¿Quién está ahí…? —jadeó sin voz.

Al fin sus dedos se cerraron sobre la llave de la luz. Titubeó un instante y luego le dio vuelta.

La luz deslumbrándola borró unos instantes la visión. Luego, cuando pudo ver de nuevo, estaba sola en el cuarto y ya no había sombra, ni ojos de fuego. Nada.

Saltó de la cama advirtiendo que el frío desaparecía. La atmósfera era otra vez cálida, casi agobiante.

Dominándose se aproximó al lugar donde creía haber visto aquella negra aparición. No había nada allí, ni el menor rastro de cosa alguna.

¿Cómo era posible?

Incluso tanteó la pared. Era de piedra dura y sólida y sin la

menor duda nadie había podido pasar a través del formidable muro centenario.

Se abrazó a sí misma estremeciéndose. Al volver hacia el lecho se vio reflejada en un gran espejo y casi se sobresaltó de su propia imagen.

Sus largos cabellos rubios se desbordaban de sus hombros acariciándole los hermosos senos, enredándose entre los brazos. Ni *lady* Godiva pudo haber sido tan bella.

Pensó en aquellos ojos del otro mundo que quizá aún estuvieran viéndola si es que existían en realidad. Se volvió mirando otra vez en torno sólo para comprobar que estaba completamente sola.

Dejó de temblar. Comenzaba a cansarse de esa absurda sensación irreal y espantable. No era una delicada flor de invernadero como las jovencitas del pasado, sino una experimentada periodista que había enfrentado difíciles situaciones a lo largo de su vida profesional.

Aspiró hondo y dio una última mirada desafiante a su bellísima imagen del espejo.

Sólo que en el espejo no había imagen alguna.

Patricia parpadeó. Aquello era imposible. Ella estaba allí, erguida frente al espejo.

Sin embargo, no se reflejaba en él. El espejo estaba vacío.

Bien, no estaba totalmente vacío. Era como si un leve velo lo cubriera… como una finísima niebla interpuesta entre ella y el cristal.

Dio un grito y retrocedió. Atrapó una bata y envolviéndose con ella se lanzó a trompicones hacia la puerta.

Antes que llegara a ella sonó el alarido.

Débil, apagado por la distancia, el aullido fue no obstante tan agudo y terrible que pareció llenar toda la enorme casona.

CAPÍTULO VI

LA muchacha estaba caída en el umbral de su cuarto, rodeada por las demás sirvientas de la casa.

Cuando Robert Huntsville y Patricia llegaron al ala del edificio destinada a la servidumbre las tres mujeres envueltas en batas de noche se hicieron a un lado para que pudieran ver a su compañera caída.

Huntsville balbuceó:

—¿Está…?

Patricia se arrodilló junto a la joven.

—Vive —murmuró—. Sólo está desvanecida, Bob, no tiene ninguna herida.

—¿Alguna de ustedes sabe lo que ha sucedido? —indagó el dueño de la casa.

—Nada, señor. La oímos gritar, y acudimos. La encontramos así…

Por el pasillo aparecieron los Gibbs, agitados e inquietos.

Marion exclamó:

—Y Eva, ¿dónde está?

—La dejé en nuestra habitación. No quise que saliera por si había algún peligro.

—Hay que llevar a esta chica a la cama —decidió Pat, irguiéndose.

Los dos hombres la levantaron entrándola de nuevo en el cuarto. Sobre la cama, la inerte muchacha se agitó débilmente.

—Preparen café —dijo Huntsville a las otras sirvientas—. Para todos, por favor.

Patricia preguntó:

—¿Qué supones que la hizo gritar?

—No tengo la menor idea… Te dije que notaba extrañas presencias sobrenaturales a mi alrededor…

Nathaniel Gibbs exclamó abruptamente:

—¡Por favor, déjate de sandeces ahora! El asesino que mató al mayordomo no fue nadie del otro mundo. Y puede que sea al asesino a quien haya visto esta chica.

—¿Crees que estaría viva si fuera así?

Pat les miró alternativamente. La seca y desconsiderada manera como Gibbs se había dirigido a Robert Huntsville parecía tan fuera de lugar que resultaba asombroso que Robert no replicara de igual modo.

Sin embargo no lo hizo. Pareció no haber advertido siquiera aquella desagradable frase.

La muchacha abrió los ojos. Unas pupilas desorbitadas, dilatadas por un terror cerval.

Pat se inclinó sobre ella.

—Tranquilícese —dijo—, nada le ha sucedido. Sólo se desmayó.

—¡Estaba ahí… en el pasillo! —sollozó la joven de pronto.

—¿Quién?

—Esa cosa horrible…

Gibbs gruñó:

—¿Qué cosa, de qué está hablando?

—No sé quién era… no sé siquiera «qué» era… Un ser monstruoso, casi una calavera de largos cabellos enmarañados.

—¿Una calavera?

—Sólo le quedaban jirones de piel sobre los huesos. ¡Y estaba allí, mirándome con sus cuencas vacías!

Pat le sujetó las manos que temblaban violentamente.

—¿Está segura que no sufrió una pesadilla? Yo también soñé cosas extrañas y…

—¡Oh, no! —La muchacha sacudió la cabeza—. Primero oí un ruido en el pasillo. Me pareció como si alguien hablara con voz jadeante, ¿comprende? Pensé que quizá alguna de las chicas se había puesto enferma. Encendí la luz, tomé esta bata y abrí la puerta… ¡Santo cielo! Él estaba en medio del pasillo… mirándome sin ojos…

Gibbs refunfuñó un juramento.

—Fue una pesadilla sin ninguna duda —dijo despectivo.

Pat se volvió hacia él.

—¿Usted cree?

—Seguro que sí.

—Entonces, ¿por qué esta muchacha fue hasta la puerta, y la abrió antes de gritar? Si hubiera sufrido una pesadilla hubiera gritado en la cama.

—No sabemos dónde gritó ni lo que hizo exactamente. Después de todo, con el crimen y el consiguiente nerviosismo no es nada extraño que estemosˆ todos excitados, con los nervios desquiciados.

La sirvienta murmuró:

—Me marcharé de aquí tan pronto amanezca, señor…

Robert sacudió la cabeza.

—Lo comprendo, y lo lamento mucho. Desde luego, no voy a obligarla a quedarse.

Otra de las jóvenes camareras apareció con un tazón de humeante café. Salieron del cuarto y Marion Gibbs murmuró:

—Si todo fue solamente una pesadilla, Nat…

—No pudo ser otra cosa.

—La pobre chica debió «vivirla» para llegar hasta el desvanecimiento. Porque nadie se desmaya en sueños que yo sepa.

—No empieces a perder el control tú también y acuéstate.

Dejó a su mujer en el dormitorio y tras cerrar la puerta dijo:

—Voy a tomar algo frío, Bob. No quiero café a estas horas.

—¿Y tú, Pat?

—Yo sí, gracias.

Les sirvieron en la sala. Mientras la sirvienta, pálida y asustada por lo sucedido a su compañera, estuvo allí ninguno de los dos habló.

Después, Patricia dijo:

—¿Tú también crees que sufrió una pesadilla?

—No puedo saberlo.

—¿O piensas que fue uno de tus seres del otro mundo lo que vio?

—Ojalá lo supiera con certeza. Te confieso que yo también empiezo a sufrir extrañas pesadillas, cosa que no me había sucedido nunca.

Pat le miró, preocupada.

—Y yo —susurró—. Sueño con cosas extrañas, seres terribles como el que Eva asegura que vio más allá de la ventana.

—Te creía más ecuánime, primita. Eva es impresionable, casi

histérica. Pero tú…

Dejó la frase sin terminar, encogiéndose de hombros. Apuró su café, imitado por la hermosa muchacha.

Pat encendió un cigarrillo con gestos nerviosos.

—Todo esto, después de la trágica muerte del mayordomo, me parece excesivo para que sean coincidencias.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay algo extraño en esta casa.

—¿Otra vez vas a mencionar los fantasmas?

—Ningún fantasma manejó el cuchillo, Bob.

—Entonces, ¿qué?

—No sé… ¿Un intento de robo tal vez?

—Si fue eso debe tratarse de un ladrón con el cerebro apolillado. Matar para no conseguir ni un centavo se me antoja excesivo. Sólo un ladrón profesional y experimentado se atrevería a intentar un golpe de ese tipo… y cualquier ladrón profesional sabría que aquí no puede llevarse ni un centavo. Poseo una caja acorazada tan segura como la de los Bancos.

—Quizá él lo ignorase.

—Créeme, los profesionales se informan antes de dar un golpe. Eso tú debes saberlo mejor que nadie.

—Quizá estaba bien informado, pero fue sorprendido por el mayordomo antes que pudiera robar nada.

—Olvídalo. Ese crimen no creo que sea tan sencillo. Esas fuerzas de que te hablaba antes están cada vez más próximas a mí… Más agitadas… Si pudiera captarlas, entrar en contacto con ellas, Pat, quizá…

—Entonces inténtalo de nuevo, pero no cuentes conmigo. Buenas noches, Bob.

Huntsville quedó solo. Jamás había experimentado temor alguno a lo desconocido, a las fuerzas del Más Allá que solía invocar.

No obstante, se confesó que un temor agudo y mezquino comenzaba a hacer presa también en sus propios nervios.

CAPÍTULO VII

ROBERT HUNTSVILLE se dirigió cabizbajo a su dormitorio. La imperiosa sensación de unas fuerzas ocultas, poderosas, que intentaban manifestársele, le acuciaba, más aguda que nunca.

Sin embargo, cuando se detuvo en el pasillo notó como todo eso perdía consistencia, se debilitaba barrido por una extraña lasitud, una somnolencia que le aturdía.

Abrió la puerta suavemente. La alcoba estaba en penumbra. En su cama, Eva dormía profundamente, inmóvil.

Él se deslizó hacia la cama gemela, se despojó de la bata y acostándose en silencio apagó la pequeña luz.

Sorprendentemente, y a pesar de la excitación de los últimos acontecimientos, quedó dormido al instante.

O sólo se hundió de algún modo en el mundo de las sombras donde reinaban los espíritus, el terror y la muerte.

Porque sólo en ese espantable abismo podía flotar aquella mano.

La mano que empuñaba un largo y afilado cuchillo.

No estaba muy seguro de eso sin embargo. Una neblina parecía velar aquello que se movía… Luego, la neblina se esfumó y la imagen que emergió de la nada era la de Eva.

Eva, dormida y confiada. Eva, con su mágica belleza, sus cabellos desparramados sobre la almohada. Incluso dormida parecía sonreírle.

¡Entonces volvió a ver el cuchillo!

¡Se cernía sobre la bella imagen dormida!

Contuvo el aliento. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía alguien destruir tanta belleza?

La mano y el cuchillo estaban cada vez más cerca… más cerca…

Quiso gritar. Aullar hasta enronquecer para que ella despertara, para que se defendiera.

La blanca garganta de Eva tenía la piel suave, sedosa…

El cuchillo relampagueaba con una luz infernal. ¿Y aquella mano que lo empuñaba?

¿A quién pertenecía?

¡Aquella mano asesina!

¡Eva!

¡Despierta, Eva!

No podía gritarle en ese mundo de silencio. ¿O no deseaba gritarle?

La punta del puñal desciende despacio… se detiene… apuntada a la blanca e indefensa garganta de Eva… lo está viendo, y aquella mano empujada por el poder del infierno, crispada en torno a la sólida empuñadura.

¡Si pudiera gritar…!

No consigue el menor sonido. El cuchillo oscila un segundo y después desciende como un rayo. Penetra en la garganta con extraña suavidad, con increíble facilidad…

Y entonces el gorgoteo de la sangre desparramándose por la sábana, la almohada. El acero sale desgarrando la carne, y cae otra vez, y otra, y otra más, feroz y salvaje hasta el delirio, y cada golpe, cada desgarradura abre un nuevo cauce al torrente rojo que amenaza ahogarle.

La mano se empapa de sangre. Ya es una mano roja la que sujeta aún el puñal asesino.

¡Es su propia mano!

La mano de un Huntsville.

* * *

Fascinado miraba la cabeza doblada y casi separada del tronco. Era fascinación que barría el horror. Atraía como un abismo.

Ya no manaba sangre. Toda la de aquel cuerpo la habían empapado las ropas de la cama. Era asombrosamente fácil matar… desgarrar una garganta humana.

La cabeza yacía de costado casi separada del cuerpo. Tenía los ojos cerrados y una guedeja de cabellos rubios parecía querer velar los destrozos del cuello cercenado.

Miraba la cabeza cuando ésta abrió los ojos.

Eran unos ojos vidriosos, muertos, y sin embargo le miraban con hipnótica fijeza.

Empezó a temblar, a gritar sin voz todo el horror que entonces

le poseía. Había matado a Eva, se había sumergido en su sangre… y ahora sus ojos cobraban vida y sin embargo también estaban muertos…

Parecían formular una sola pregunta:

«¿Por qué?».

Él no tenía respuesta para esa pregunta.

Ninguna respuesta.

* * *

El alba recortaba la imprecisa forma de la ventana cuando Patricia despertó sobresaltada.

No supo de momento qué había roto su sueño. Se incorporó y miró en torno encendiendo la luz. Por unos instantes temió que los ojos de fuego estuvieran allí, espiándola, vigilándola.

No había nada.

Sin embargo, algo la había sacado del mundo de los sueños.

Entonces lo oyó de nuevo. Una débil llamada en el pasillo, más allá de la puerta.

Dio un brinco y saltó de la cama. Se envolvió en la bata y corrió hacia la puerta que estaba bien cerrada con llave.

—¿Quién está ahí? —exclamó.

—Pat…

—¡Robert!

La voz de su primo había sonado débil, agónica.

Abrió la puerta echándose a un lado. Robert Huntsville entró tambaleándose.

Patricia ahogó un grito. Su primo estaba materialmente empapado en sangre.

Huntsville miraba sus manos y meneaba la cabeza como un péndulo. Sus manos estaban cubiertas de sangre casi seca.

—¡Bob! —Jadeó la muchacha—. ¿Qué… qué ha sucedido?

Él no pareció oírla siquiera.

—¡Contesta! ¿Qué ha pasado, de quién es esta sangre? Porque tú no estás herido… ¿O sí?

—Ella…

—¿Quién?

—La he matado.

Pat contuvo el aliento.

—¿A quién has matado? —dijo ahogando el pánico a duras

penas.

—Eva.

Patricia retrocedió presa de horror. Tropezó con la cama y se dejó caer sentada en ella.

—¡No… no es posible… la querías…!

—No sé cómo… no comprendo… ¡Pat, ayúdame!

Ella le miraba espantada. No atinaba a moverse siquiera.

—No puedo creerlo —susurró.

Cuando recobró el movimiento se levantó arrebujándose en la bata.

—No te muevas de aquí —balbuceó—. Por favor, cálmate, Bob…

Salió de la habitación. Él aún dijo:

—¡No vayas… no tiene cabeza…!

La puerta quedó entornada. Patricia corrió por el pasillo hasta el dormitorio del joven matrimonio.

Robert Huntsville oyó los rápidos pasos de pies desnudos que se alejaban. Hubiera querido morirse, librarse de tanto horror como le poseía, hundirse aunque fuera en el infierno para huir de aquella pesadilla.

¿Qué le había dicho Pat?

Que él quería a Eva…

Eso era cierto. La quería.

Sin embargo la había matado de un modo espantoso.

Oyó un roce en la puerta y levantó la mirada.

Un jirón de seda azul flotó en la entrada velando apenas los contornos dorados de un soberbio cuerpo de mujer.

La puerta acabó de abrirse.

Robert Huntsville desorbitó la mirada. Boqueó como un pez fuera del agua y al fin la voz acudió a su delirante llamada y emitió tal alarido que hasta las paredes vibraron.

Ante él, erguida, bella como una quimera, mirándole asombrada, estaba Eva.

Eva, apenas cubierta por el camisón azul transparente como una nube.

Eva, más hermosa y excitante que nunca en su semidesnudez.

Pero sobre todo, Eva con la garganta intacta, sin un rasguño.

¡Viva!

CAPÍTULO VIII

PATRICIA jadeó:

—Se desmayó al ver a Eva. Hay que hacer algo por él, Nat.

Nathaniel Gibbs parecía desbordado por algo que nadie fuera capaz de comprender.

—¿Y esa sangre? Dices que él creía haber matado a Eva, pero ella no tiene ni un rasguño.

—No lo sé, no comprendo absolutamente nada, pero debemos hacer algo para que se recobre.

—Si lo colocamos en tu cama te la pondrá perdida…

—¿Crees que eso importa ahora?

Nat se encogió de hombros. Levantó el pesado cuerpo de Robert y casi a rastras lo llevó hasta la cama, donde lo depositó.

Los Gibbs habían acudido al oír el alarido de Huntsville. Marion, tras el primer momento, se había llevado a Eva a su dormitorio de modo que Patricia estaba sola con Nat dudando aún sobre lo que estaba sucediendo.

—Y estamos sin teléfono —dijo Gibbs de pronto—. Hay que llamar a la policía porque esta sangre no pertenece a un pollo digo yo…

—Pero ¿crees que ha podido matar a alguien?

—A alguien a quien ha confundido con Eva tal vez. ¡Condenación! ¿Qué clase de pesadilla es la que nos envuelve, Pat? Robert era el mejor hombre del mundo…

—Pero ¿a quién? Estamos todos aquí, vivos. ¿Un intruso quizá?

Gibbs la miró con los ojos casi cerrados convertidos en dos rendijas.

—Sí hubiera atacado a un intruso, ¿cómo crees tú que pudo confundirle con su propia mujer?

Pat ahogó un quejido. Era demencial, para volverse loco.

Más que nunca deseó que Dan Lacy estuviera allí.

—Hay que traer a la policía —murmuró—. A pesar de su ineptitud están obligados a ayudarnos…

—¿Y cómo les llamamos?

—Alguien habrá de ir. Quizá alguna de las sirvientas. ¿No dijo una de ellas que esta mañana abandonaría esta casa? Ella puede dar el aviso…

Su voz se extinguió poco a poco al recordar a las sirvientas. Ella y Nat Gibbs se miraron súbitamente sobresaltados.

Antes que ninguno de los dos pudiera hablar, alguien empezó a chillar en alguna parte, con unos gritos tan agudos y terribles como si estuviera viendo todos los horrores del infierno.

Nat giró sobre los talones y echó a correr. Pat le siguió tras una vacilación.

Gibbs se detuvo un instante junto a Eva y su propia mujer.

—¿Quién diablos gritó? —barbotó jadeando.

Marion dijo:

—Alguna de las chicas… la voz sonó allá atrás.

—¡Esperadme aquí!

Se fue disparado. Patricia le siguió con una dolorosa angustia lacerándola.

Primero vieron a la muchacha sujeta por sus compañeras. Se mordía los puños para no seguir gritando y los ojos parecían a punto de saltarle de la cara.

Nat y Patricia se detuvieron de pronto al descubrir las rojas huellas de pies desnudos en el suelo. Las huellas procedían de una habitación abierta.

Se asomaron por la puerta y Pat apenas pudo contener un alarido.

Atravesada en su cama, la misma sirvienta que ya sufriera la espantosa aparición del pasillo yacía desnuda, aunque su cuerpo parecía vestido, tanta era la sangre que lo cubría. También la cama era un mar pardusco con la sangre casi seca.

Retrocedieron, temblando, ahogando el horror y las náuseas que les azotaban.

Cuando recobró la voz, Nathaniel Gibbs farfulló:

—Supongo que todas ustedes estarán pensando en abandonar la casa…

Las muchachas asintieron, incapaces de formular una palabra.

—Muy bien, váyanse cuanto antes y avisen a la policía de lo sucedido. Díganles que se trata de otro crimen. Eso es todo.

Casi empujó a Pat de regreso a los dormitorios.

Robert Huntsville se había sentado en la cama y se miraba las manos igual que alucinado.

Gibbs se detuvo delante del ensangrentado Huntsville y se quedó mirándole sin atinar a decir nada.

Poco a poco, Robert levantó la mirada hacia él. Sus ojos parecían dos simas desprovistas de expresión.

—¿Es cierto que está… viva? —musitó temiendo que la respuesta volviera a sumirle en el horror.

—¿Eva? Sí, está bien.

—Entonces… entonces, estoy volviéndome loco. ¿Cómo pude soñar que la mataba? Y toda esa sangre…

—No es de Eva.

—En ese caso aún lo entiendo menos…

—Has matado a una muchacha de servicio, Bob.

—¿Qué?

Se levantó como impulsado por un resorte. Las piernas no le sostuvieron y volvió a caer sentado en la cama.

—La misma que encontramos desmayada —remachó Gibbs—. Es la cosa más absurda de este mundo. ¿Por qué, Bob? ¡Maldita sea! ¿Por qué? Dame algo sólido con que poder ayudarte.

Huntsville desvió la mirada hacia Patricia, que permanecía estática junto a la puerta.

—¿Es cierto, Pat? —balbuceó.

—Desgraciadamente, sí, Bob.

Volvió a quedar ausente, como flotando en una nebulosa de otra dimensión, hundido en sus negros pensamientos.

Patricia se disponía a decir algo cuando una idea le asaltó. Dio media vuelta sin pronunciar una palabra y regresó a la habitación donde yacía el mutilado cadáver de la muchacha…

Esta vez entró en el cuarto. Además de la luz encendida que nadie había acertado a apagar, por la ventana penetraban ya los primeros rayos del sol.

Miró en la cama dominando las náuseas. Examinó el suelo y los rincones de la alcoba.

Las huellas de los pies de su primo estaban allí, claras y

siniestras impresas con sangre.

Pero no había el menor rastro del cuchillo con que se había cometido aquella carnicería.

* * *

Dan Lacy se sirvió otro *whisky* y miró a la hermosa muchacha por sobre el borde del vaso.

—Es todo un folletín —refunfuñó—. ¿Qué dice la policía?

—No hables de esos patanes. Apostaría a que ignoran dónde tienen la mano derecha.

—Quizá sean zurdos. ¿Se llevaron a tu primo o no?

—No.

—¿A pesar de que él mismo reconoce que mató a alguien?

—Dijeron que traerían policías de la ciudad. Y un psiquiatra. No se atreven a proceder contra un Huntsville, ésa es la verdad.

—Ya veo.

—Tienes que hacer algo, Dan. Tú estás acostumbrado a trabajar con la policía…

—Cierto, pero jamás tuve que enfrentarme a un laberinto como éste. Yo vine atraído por esos fantasmas de que hablabas en tus cartas, no para cazar asesinos.

—Eso es otro asunto siniestro. Todo lo que te contaba era cierto. Estoy segura de lo que vi, Dan, créeme.

—Bueno, espero que yo también pueda ver esos fenómenos. De momento ocupémonos de los seres de carne y hueso. ¿Se fueron las sirvientas?

—¡Claro que se marcharon!

—¿Saben los demás que yo estaba en camino?

—Sólo Robert. Escucha, Dan… Aún te falta saber lo más estremecedor… lo que me hace sospechar que puede haber otros crímenes…

—Suéltalo.

—No estaba el cuchillo en el cuarto, Dan.

Lacy arrugó el ceño, perplejo.

—No entiendo lo que… ¡Cuernos! —exclamó de pronto, estupefacto—. ¿Quieres decir que tu primo escondió el cuchillo?

—Sí.

—¿Después de matar a la muchacha?

—¿Es que no quieres entenderlo? Examiné todo el dormitorio y

no estaba allí. No había el menor rastro. Tampoco lo encontraron los policías, aunque esos dos inútiles no encontrarían agua en el mar.

—Bueno, si el crimen lo cometió en un paroxismo de locura, enajenado por completo, no hay explicación para que escondiera el arma. ¿Se han llevado el cuerpo de la mujer muerta?

—Claro.

—¿Dónde está ahora tu primo?

—En su cuarto, descansando. Nat Gibbs está con él.

—¿Y las mujeres?

—Las dejé en la habitación de Marion. ¿Qué se te ocurre, Dan?

—Dame tiempo, ángel. Acabo de llegar. Pero pienso que sería una gran cosa encontrar el cuchillo. También me gustaría saber qué estuvo haciendo tu primo desde el momento que hubo matado a la muchacha hasta que apareció en tu cuarto…

—No comprendo… Yo creo que vino directamente. Estaba tan aturdido que estoy segura que era incapaz de reflexionar.

—Me has dicho que estaba cubierto de sangre…

—Y es cierto.

—Sangre casi coagulada.

Patricia dio un respingo.

—¡Cielos, es verdad! —exclamó.

—De modo que desde el momento que la sangre le manchó hasta que tú le viste pasó un cierto tiempo. No creo que estuviera contemplando su obra hasta que se decidió a ir en tu busca.

—¡Dan, tienes razón, estuvo en algún sitio!

—Se lo preguntaré en cuanto tenga oportunidad. Ahora reflexiona, ángel. ¿Lo registraron todo los policías, no olvidaron nada ni se les pasó por alto ni un armario siquiera?

—Nada. Si bien es verdad que…

—Eso ya lo dijiste antes.

—¡Dan! —La muchacha dio un respingo—. La buhardilla.

—Así que hay una buhardilla y todo, ¿eh? Y sótano, supongo.

—En el sótano estuvieron ellos, registrando. Pero en la buhardilla no. Nadie les dijo que la había. Yo la había olvidado por completo, y Robert no estaba en condiciones de razonar. En cuanto a los otros supongo que ignoran incluso su existencia.

—¿Qué se guarda allá arriba?

—Ahora no lo sé. Cuando yo era niña había sólo trastos inservibles, ya sabes. Muebles desechados, baúles, cosas así.

—Vamos a dar un vistazo antes de que los demás descubran mi presencia aquí.

La muchacha necesitó reflexionar y orientarse para encontrar la escalera que conducía a la espaciosa buhardilla de la mansión de los Huntsville.

En realidad, era una estancia enorme sin divisiones que ocupaba todo el perímetro de la casa. El techo en pronunciada inclinación obligaba a agachar la cabeza fuera de la parte central.

Tal como Pat había anunciado, todo allí eran viejas reliquias de tiempos idos. Muebles, baúles con herrajes, perchas descalabradas, sillas inservibles, cuadros cubiertos de polvo como todo lo demás hasta el extremo de que resultaba imposible ver las pinturas.

Antes de internarse en aquel revoltijo, Dan se detuvo en la puerta y examinó el suelo. Sacudió la cabeza.

—Hay polvo suficiente como para conservar las huellas de pies —dijo—, sin embargo no hay ninguna. Tu primo no subió aquí después del crimen.

—Entremos, no obstante. Sólo estuve aquí un par de veces cuando era apenas una chiquilla. Entonces nos prohibían subir.

Entraron mirando en torno con curiosidad. Más allá de un viejo armario Dan vio algo que atrajo su atención. Quedó tan sorprendido que durante un minuto no se movió ni habló.

Ante él, apoyado en la pared y sin una mota de polvo, había un cuadro con el busto de una hermosa mujer de cabellos rubios.

Era un retrato de Patricia, sólo que vestida con ropas de una época ya olvidada en el pozo del tiempo…

Ropas del siglo XVIII seguramente.

CAPÍTULO IX

LA muchacha contuvo el aliento al contemplar su propia imagen.

—¿Cuándo lo pintaron? —Gruñó Dan Lacy.

—Nunca…

—¡Ésta es una buena respuesta!

—Quiero decir que no soy yo… A mí jamás nadie me tomó por modelo de un cuadro.

—Míralo otra vez. Eres tú sin ninguna duda.

Estaban los dos ante la pintura, azorados e incrédulos.

—Mira, hay una plaquita en el marco —dijo Pat de pronto.

Él se inclinó, leyendo en voz alta:

«Carol Huntsville. 1800-1827».

—¡Carol!

—¿Qué pasa, sabes quién era?

—No… Pero ése es el nombre que me pareció que alguien susurraba en mi oído, en la oscuridad, la noche de la tormenta. Fue como si se dirigieran a mí dándome ese nombre.

—Curioso, ¿no te parece?

—Es increíble el parecido. Dan…

Él se quedó pensativo. Luego dijo:

—¿Sabes, preciosa? Estuve haciendo averiguaciones respecto a esta casa antes de emprender el viaje. Cuando llegué al pueblo averigüé también las leyendas que rodean Shadow House. Siempre las hay cuando se trata de viejas mansiones históricas como ésta, sobre todo en esta parte del país.

—¿Y qué averiguaste?

—Bueno, en primer lugar algo que encaja en las fechas de ese cuadro. Un tal George Huntsville, heredero de la familia, fue asesinado en 1826. Y la mujer de ese cuadro murió en 1827, sólo un año después que él.

—¿Y crees que eso tiene algún significado especial?

—Uniéndolo a la leyenda, sí. Porque esta bella muñeca murió ejecutada, ángel.

Patricia se estremeció.

—¿Ejecutada?

—Ahorcada para ser exactos. La acusaron de la muerte de su esposo, George Huntsville. Por lo visto, la afición a la sangre le viene de antiguo a esta familia.

—¡No hables así, Dan! —le reprochó la joven, muy pálida.

—Discúlpame.

Se quedó mirando nuevamente la hermosa imagen de la pintura.

—Me pregunto por qué estará tan limpio cuando todo lo demás tiene tanto polvo que en los cuadros no se distinguen ni los colores.

—Tengo miedo, Dan —susurró Pat de pronto.

—Tranquilízate, sólo es una pintura antigua.

Hubo otro silencio. La hermosa joven del cuadro parecía mirarles con sus ojos dulces y enigmáticos.

Repentinamente, Pat engarfió los dedos en el brazo de Dan y casi chilló:

—¿Oíste?

—¿Qué?

—Oí algo… un susurro, un roce, no sé…

—Estás nerviosa. Yo no oí nada.

—Hay alguien aquí, Dan… ¡Lo sé, nos espían!

Él miró en torno, intrigado.

—No compliques las cosas, nena. Estamos solos, pero si te tranquiliza largarnos…

Tomó el cuadro en las manos y se dirigió a la puerta. Ella le siguió casi corriendo escaleras abajo.

En el salón, Dan colocó el cuadro sobre una butaca de modo que le diera la luz. No cabía duda que era la viva imagen de Pat y sacudió la cabeza ante la asombrosa coincidencia.

—Bien, ya es hora de que me presentes a los demás —dijo al fin, volviéndose de espaldas al cuadro—. Estoy impaciente por conocer a la exuberante y flamante esposa de tu primo.

Patricia le observó intrigada. Había una leve nota irónica en la voz de su compañero.

Frunció el ceño y comentó:

—Olvidaba tu condenada afición a las mujeres espectaculares.

—Deja en paz mis aficiones estéticas, nena, porque en caso contrario habremos de hablar de ti.

Ella se contuvo y sonrió.

—No tengo derecho a reprocharte —dijo—. Estaba impaciente porque vinieras y estás aquí. Pero antes de hablar con ellos hay algo más que quiero decirte si me prometes no formular ningún comentario… este… digamos erótico.

—¿Erótico? —Se asombró el reportero—. ¿Es que vas a contarme tus aventuras amorosas?

—Sólo una delante de un espejo.

—¿Con quién?

—Sola.

—Sí que es toda una aventura.

—Estaba desnuda.

Él la miró enarcando las cejas.

—¿Desnuda? —bufó—. ¿Quieres decir un desnudo integral?

—Ni más ni menos. Acababa de saltar de la cama.

—¿Acostumbras a dormir completamente desnuda, ángel? Bueno es saberlo, ya lo creo.

—No empieces… Salté de la cama. En mi cuarto hay un gran espejo, ¿comprendes? Bueno, primero me vi reflejada en él…

—Apuesto que era todo un espectáculo.

—Sí. Pero cuando me miré después, no vi nada.

—¿Qué quieres decir con que no viste nada?

—Yo estaba delante del espejo, pero no me reflejaba en él, ¿entiendes? Igual que si fuera invisible o algo así.

Él se rascó la coronilla, perplejo. De pronto exclamó:

—¡Cuernos! ¿Estabas aún desnuda esa segunda vez?

—Sí.

—Lo que me he perdido… Vayamos a dar un vistazo a ese espejo mágico, preciosa.

—Te advierto que no estoy de humor para tus comentarios obscenos de costumbre.

—Qué comentarios ni qué… A cualquier tipo con hormonas le gustaría verte con sólo tu cabellera por todo vestuario… ¡Está bien, dejemos eso y llévame a tu cuarto!

Ella le guió a través de la gran casa hasta su alcoba. Allí encendió la luz y señaló el espejo.

Dan fue a colocarse ante él y contempló su imagen de cuerpo entero. Tras él vio a la muchacha mirándole expectante.

Sonrió al volverse.

—A mí me parece un espejo normal. Claro que habría que hacer la prueba en las mismas condiciones en que se produjo el fenómeno…

Ella hizo una mueca.

—Si esperas que me desnude en tu obsequio, es mejor que te tires de cabeza al río. ¿Crees que soy una de esas idiotas que arrastras a tu apartamento cada noche?

—Exageras, nena.

—Lo sé muy bien.

—Yo no las arrastro. Ellas se empeñan en beber un último trago antes de separarnos, eso es todo.

—A otro perro con semejante hueso…

Sin transición, él le espetó:

—Me niegas la contemplación de tus más que evidentes encantos, y sin embargo se los expusiste a alguien que estuvo contemplándote todo el tiempo que estuviste ante el espejo. ¿Te parece decente?

Ella palideció.

—¿Quieres decir que… que alguien podía verme, desnuda, ante el espejo?

—Eso es lo que imagino. Un espejo trucado, ya sabes. Por esta cara es espejo aparentemente, pero por el reverso es un simple cristal transparente. Puede verse a través de él.

Una oleada de color inundó las mejillas de la muchacha.

—No puedo creerlo…

—Es fácil de comprobar. Veamos qué hay en la habitación de ese lado, y apuesto que encontraremos un hueco en la pared ocupado por el espejo.

Salieron precipitadamente. La habitación vecina no la ocupaba nadie y estaba ordenada y limpia. Había una gran cama con dosel, sillas de respaldo recto, una antigua cómoda y un armario no menos viejo.

La pared que correspondía al cuarto de Patricia era de piedra maciza.

Dan Lacy arrugó el ceño al examinarla. Era un muro sólido sin

ninguna duda. Ninguna fuerza humana podría mover una sola de aquellas enormes piedras tras las cuales se encontraba el espejo.

Patricia balbuceó, temblando:

—¿Y ahora, Dan, qué opinas?

—Maldito si lo sé.

—¿Aún crees que es un espejo trucado?

—No sé qué pensar —gruñó el reportero—. ¿Estás segura que no estaba tu imagen en él? Quizá la segunda vez te miraste desde otro ángulo y…

Ella sacudió la cabeza, interrumpiéndole.

—No, Dan. Estoy bien segura. Me miré frente al espejo.

Él volvió a tantear el muro asegurándose de que, realmente era sólido y macizo.

—Volvamos a tu habitación —decidió.

Se plantaron los dos ante el espejo. Sus imágenes estaban también allí, mirándoles desde el cristal.

—Ángel, o sufriste una pesadilla, o estabas muy nerviosa y te pareció que eras invisible ante este espejo, o de lo contrario habrá que dar crédito a las leyendas que hablan de seres del otro mundo vagando por esta casa.

—Si hubieses visto todo lo que yo vi, Dan, empezarías a creer en ellos.

—¿Crees que si rompemos el espejo tu primo pondrá el grito en el cielo?

Ella le miró sobresaltada.

—¿Romper este enorme cristal? —jadeó.

—Quiero comprobar qué hay al otro lado. Estas viejas paredes son tan gruesas que pueden ocultar estrechos pasadizos y cosas así. Y si el espejo estuviera trucado, forzosamente debería haber un espacio tras él para el fisgón.

Ella titubeó.

—Muy bien —dijo al fin—, adelante. Si los demás oyen el estropicio diré que fue un accidente. O que me defendí de tus libidinosos asaltos cuando caí contra el espejo y lo rompí…

—Cuando yo decida asediarte no tendrás defensa posible, cariño… Veamos, esta silla servirá.

Atrapó la vieja silla y, volteándola, golpeó violentamente la parte baja del espejo.

Hubo un sonoro estallido de cristales rotos y todo el espejo se vino abajo.

Escucharon conteniendo el aliento por si acudía alguien a comprobar el estropicio.

—Parece que todo sigue tranquilo… —murmuró Dan.

De pronto, Patricia jadeó:

—¡Dan, mira…!

Se volvió en redondo.

Más allá de donde estuviera el espejo, se abría una oquedad tan negra como las cavernas del infierno.

CAPÍTULO X

—NO te precipites, ángel…

La apartó asomándose a su vez dentro de aquel espacio. Era lo bastante amplio para permitir a un hombre estar de pie. Pero a la derecha había algo más; unos escalones que se hundían en las profundidades de la tierra. Escalones de piedra, mohosos y oscuros.

—¿Ves algo? —susurró Pat.

—Nada. Necesitaremos luz para explorar ese pozo. Pero antes quiero comprobar algo más.

Recogió un par de trozos del espejo examinándolos con profunda atención.

—No tiene truco —gruñó—. Es realmente un espejo normal y data de la época en que fue construida la casa con toda seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la cara posterior está recubierta de una amalgama de estaño… posiblemente de estaño y mercurio. Hoy día son plateados por esta cara.

—Entonces, ¿por qué no me vi reflejada en él, Dan?

—Maldito si lo sé. ¿Tienes una linterna?

—No… Pero hay un candelabro en la mesilla. Lo pusieron aquí cuando nos quedamos sin luz eléctrica.

—Tráelo.

Encendió las cuatro velas y alumbrándose con ellas penetró en aquella especie de hornacina pétrea de la que partían los escalones.

Ella balbuceó:

—¿Piensas bajar, acaso?

—Seguro. Espérame ahí si tienes miedo, pero estas escaleras deben conducir a algún lugar determinado.

—¿Quedarme sola ahora? —Exclamó Patricia—. Ni lo sueñes.

—Entonces, sígueme y no empieces a chillar si aparece algún ratón.

Los escalones eran resbaladizos y húmedos, mucho más húmedos a medida que descendían. La luz de las velas temblaba entre los recovecos de los pétreos muros entre los que bajaban, tan estrechos que los hombros de Dan Lacy casi rozaban a ambos lados.

De pronto, los escalones se terminaron. Bajo sus pies quedó un suelo plano que parecía excavado en la roca viva y estaba también cubierto de musgo.

Pat se aferró al brazo del reportero y musitó:

—Es sobrecogedor, Dan…

—No es más que un sótano, o una caverna. Tal vez haya algún pasadizo más, o una mazmorra… Uno nunca sabe qué retorcidas ideas albergaban aquellas gentes supersticiosas y crueles…

Levantó el candelabro por encima de su cabeza, mirando en torno.

Patricia lanzó un grito y casi le saltó al cuello a Dan cuando descubrió el amarillento revoltijo de huesos.

—Un esqueleto —gruñó el periodista—. Encadenado al muro por lo que se ve…

—Salgamos de aquí, Dan.

—Aguarda un minuto.

Se agachó examinando los pelados huesos casi convertidos en polvo por la humedad. Luego vio algo más esparcido aquí y allá y sintió que los cabellos se le erizaban al comprender.

Ahogó un juramento, irguiéndose. Pat también había visto lo que semejaban pequeñas y blancas manchas entre el moho.

—Son huesos también —susurró la muchacha—. Diminutos huesos… de…

Su voz se ahogó.

Lacy dijo entre dientes:

—¡Ratas!

—¡Oh, Dios mío!

—Encadenaron a ese desgraciado ahí y le abandonaron en compañía de un montón de ratas, seguramente hambrientas… Luego cerraron esta tumba y lo demás puedes imaginarlo.

Pat ahogó un chillido y retrocedió hacia los escalones.

Dan masculló:

—Me gustaría saber quién fue ese pobre tipo.

—Vámonos, Dan.

—Sí…

Ella empezó a subir y tras un instante el reportero la siguió.

Casi tropezó con la muchacha cuando ella se detuvo en seco ahogando un grito.

—¿Qué te pasa ahora?

—Dejamos la luz encendida…

—¿Qué luz?

—La de mi cuarto… deberíamos verla por el hueco del espejo desde aquí. ¡Y no se ve nada, Dan!

—¡Cuernos!

—¡Alguien ha tapiado el hueco!

—No te alborotes, ángel. Puede haberse apagado la luz. Déjame paso, iré delante.

Subió adelantándose a Pat. Al llegar arriba sus pies hicieron chirriar pequeños trozos de cristal.

—Nadie ha tapiado el hueco, nena —comentó con un suspiro—. Sólo apagaron la luz.

Ciertamente, el hueco dejado por el espejo roto estaba allí, recortándose a la luz de las velas. Patricia se aferró a su brazo. Temblaba.

Entonces pareció envolverles un soplo de aire helado y estremecedor. Las llamas de las velas oscilaron, Pat dio un grito y las velas se apagaron.

—¡Dan! —chilló.

—Bueno, tranquilízate. ¿Nunca oíste hablar de corrientes de aire?

—¡Estaba todo cerrado! La ventana, y la puerta… Y ese aire frío…

—Aguarda un instante, encenderé otra vez las velas.

—¡Dan, allí!

—¿Qué?

A oscuras él no veía la dirección que la joven señalaba. Pero al mirar en torno descubrió los dos puntos rojos, llameantes en las tinieblas como los ojos del diablo.

Se quedó mudo, porque no eran simples puntos de luz rojiza. Eran algo mucho más siniestro, porque sin ninguna duda eran los ojos de algún ser de ultratumba. Les miraban fijo, y tenían fuerza y poder, y eran dos pupilas vivas alentadas por el fuego del infierno.

Patricia contenía el aliento, ahogándose de terror.

Dan hundió la mano en un bolsillo buscando su encendedor. Tenía la convicción de que, cualquier cosa que fuere, «aquello» podía captar sus movimientos.

Atrapó el mechero y acercándolo a las velas lo encendió.

Al prender la primera vela miró otra vez hacia los ojos diabólicos. Le pareció que su llameante fulgor se debilitaba y de pronto ya no había nada y la helada sensación de aire polar se desvaneció también.

De un salto atravesó el hueco del roto espejo y encendió las luces del cuarto.

Todo estaba tal como lo dejaran al iniciar su exploración del antro hundido en la tierra.

—Tú también lo viste —balbuceó Pat—. Estaba ahí…

—Sí, lo vi, pero no me preguntes qué es lo que estaba aquí mirándonos porque no tengo ni la más remota idea.

—¿Me crees ahora. Dan?

—No tengo más remedio que creerte. Hay que notificar a los demás de nuestro descubrimiento de esa caverna y su contenido. Además, quiero preguntarle a tu primo por ese cuadro con tu imagen, y que sin embargo data de cientos de años atrás. Quizá él conozca la historia de tu familia y pueda explicarnos qué significa.

Patricia asintió y fueron hacia el salón.

Del viejo cuadro no había el menor rastro.

CAPÍTULO XI

—DE modo que nadie ha visto esa pintura —dijo Dan Lacy, ceñudo.

Estaban todos en el salón, después que Patricia explicara la presencia del reportero.

Robert Huntsville tenía el rostro ceniciento. Se había bañado y cambiado de ropas, pero daba la impresión de que continuaba empapado de sangre de la cabeza a los pies. Ésa era una sensación de la que ya no se libraría jamás.

Eva, pálida y no obstante tan bella como siempre, ocupaba una butaca y parecía abstraída en sus pensamientos, aunque de vez en cuando dirigía penetrantes miradas al periodista.

Los Gibbs consumían *whisky* y escuchaban. Fue Nat quien replicó:

—No había ningún cuadro cuando mi esposa y yo hemos entrado aquí, hace un rato.

—Nosotros dejamos esa pintura encima de esta butaca —insistió Dan—. Era el rostro de Patricia, pero en una mujer que murió en 1827.

—Eso es absurdo.

Lacy miró fugazmente a Marion Gibbs.

—Es absurdo —reconoció—, pero cierto. La mujer del cuadro se llamaba Carol Huntsville. ¿Hasta dónde llegan sus conocimientos de la historia familiar, señor Huntsville?

Robert le miró como si no le viera.

—Carol Huntsville —dijo con voz lenta—, fue ejecutada por el asesinato de su marido, George.

Eva dio un grito. Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Este… no pude contenerme —se disculpó—. Todo esto parece una pesadilla. George era tu hermano, Bob, y hace menos de un año que murió.

—Se trata de otro antepasado —dijo Dan—. Según la leyenda

que rodea esta mansión, la mujer ejecutada era inocente. ¿No es así, señor Huntsville?

El aludido afirmó con un gesto.

—Sí —dijo con voz queda—. Sólo que no se supo hasta que ya había sido ejecutada en la horca.

Nat Gibbs gruñó:

—Quisiera saber a qué viene ahora toda esta lección de historia, Bob. A mi entender tenemos problemas mucho más graves entre manos.

—Seguro, como la desaparición de ese cuadro —terció Lacy encendiendo un cigarrillo—. Y la presencia del esqueleto encadenado en el sótano, rodeado de los huesos de las ratas que lo devoraron…

Cayó un silencio de tumba tras estas palabras. Incluso Robert pareció despertar de su melancolía y exclamó:

—¿De qué otra cosa espantosa está hablando?

Fue Patricia quien explicó su aventura del espejo y de lo que habían descubierto al romperlo.

Luego, Dan añadió:

—Antes de venir aquí hice averiguaciones sobre las historias de esta casa, las leyendas que la rodeaban y todo eso. Nadie me dijo una palabra de un ser humano enterrado en vida en compañía de un puñado de ratas hambrientas. De modo que este episodio de su historia familiar, señor Huntsville, debe ser un secreto muy bien guardado hasta ahora.

Nat Gibbs gruñó:

—¿Puede alguien decirme qué infiernos nos importan ahora las estúpidas leyendas de un puñado de supersticiosos? A mi entender tenemos problemas mucho más graves que resolver. La policía volverá, y nos advirtieron que iban a traer especialistas de la capital. Para entonces, nada librará a Bob de una acusación de asesinato y es eso precisamente lo que debe preocuparnos. Hay que sacarle del apuro del modo que sea.

Hubo un largo silencio después de esta parrafada.

Bob Huntsville murmuró:

—Maté a esa pobre mujer y tengo miedo. ¿Quién me asegura que no volveré a hacerlo? ¡Dios mío! ¿Es que nadie comprende este horror? ¡Yo maté a la muchacha creyendo que asesinaba a Eva! —

Les miró a todos con ojos vacíos y añadió—: ¡Es como si fuera a Eva a quien quisiera matar…!

Su esposa dio un grito, arrebujándose en su excitante bata transparente.

Nadie replicó, hasta que Dan dijo:

—Voy a subir al desván. Quizá la pintura esté otra vez arriba y si es así quiero que todos la vean.

Se fue apresuradamente. Tan pronto hubo desaparecido, Marion Gibbs refunfuñó:

—No debiste traer a ese hombre, Patricia. A la policía no le gustará que un reportero ande metiendo las narices en su trabajo.

—Dan ha colaborado otras veces con la policía.

—En Nueva York, querida, no aquí. Y no va a gustarles —repitió, ceñuda.

Pat no replicó. Encendió un cigarrillo y pareció desentenderse de todos los demás.

Entonces notó una vez más aquel frío estremecedor, aquel soplo de otro mundo que le penetraba hasta los huesos cual si unos dedos de ultratumba le acariciaran la nuca.

Y en su oído «oyó» otra vez aquellas extrañas palabras:

—No temas nada, Carol… no podrán hacerte daño.

Se quedó sin aliento, temblando, con el cigarrillo humeando entre los dedos, mirando espantada a su alrededor.

Nadie parecía haber advertido nada fuera de lo normal. Dudó de sus sentidos, de si había escuchado aquella voz o sólo le había parecido oírla en su cerebro.

El soplo helado se desvaneció poco a poco y todo volvió a ser normal a su alrededor.

Antes que pudiera reaccionar, Dan Lacy reapareció trayendo consigo el viejo cuadro.

—Es curioso —anunció—. Estaba otra vez en el mismo lugar donde lo encontramos. Exactamente en el mismo sitio… y no había una sola huella en el polvo del suelo.

Hubo un tenso silencio antes que él diera vuelta a la pintura para que todos pudieran verla. Aún añadió:

—Las únicas huellas visibles son las de Pat y las mías…, pero no las de quien devolvió el cuadro al desván. Es como si el que fuera hubiese entrado y salido de allí volando.

Dio vuelta al cuadro y dejó que todos se empapasen de la hermosa imagen.

Bob Huntsville se quedó boquiabierto. Los Gibbs contuvieron el aliento, estupefactos, Y Eva balbuceó:

—¡Es ella… Patricia…!

—Sólo que pintada hace siglos.

—No puede ser —dijo Marion Gibbs.

—No soy un experto en obras de arte —reconoció Dan con calma—, pero apostaría hasta mi último centavo que esta pintura data justamente de las fechas que indica la plaquita de metal. Es auténtica, seguro.

—Pero se trataría de una coincidencia… increíble —murmuró Eva.

Los ojos agudos de Dan la miraron fríamente.

—Hay excesivas coincidencias en todo este asunto —dijo tras apoyar la pintura de la pared. Fue a sentarse al lado de Pat y añadió—: Coincidencias y aspectos inexplicables, como el espejo que en un momento dado no reflejó la imagen de Patricia. Y se trataba de un espejo perfectamente normal como comprobamos después de romperlo.

Pat murmuró:

—Entonces me dio la impresión de que «algo» se interponía entre el espejo y yo… aunque no pude ver nada concreto. Y, desde luego, si era así tampoco se reflejó lo que fuera que se interponía entre yo y el cristal.

—¿Estás segura de no haber soñado, querida? —Runruneó Marion Gibbs. Y su voz destilaba sarcasmo.

—Estaba despierta, bien despierta.

Dan se volvió hacia Huntsville.

—¿No puede ofrecer usted una explicación a todo esto, desde su posición de médium?

—En absoluto… Estaba seguro de conseguir resultados… Nunca antes había «sentido» tan profundamente la proximidad del pobre George…, pero se me escapó y ya no he vuelto a probarlo.

Dan se había colocado frente a él.

—Nunca creí en todo ese aparato de los espiritistas. Tapices negros, mesas redondas, cirios, sombras y alaridos. Considero que si de verdad puede lograrse el contacto con seres que ya han muerto,

los espíritus pueden manifestarse en cualquier ambiente. ¿No es cierto, señor Huntsville?

—En teoría sí… Todo ese aparato de que habla usted se utiliza solamente para facilitar la concentración mental, tanto del médium como de los otros asistentes. Pero si fuera posible conseguir la misma concentración, digamos… en un estadio lleno de gente, los resultados serían los mismos.

—Entiendo. Usted no podría concentrarse ahora, supongo.

Robert levantó la cabeza vivamente. Los demás miraron al reportero con muy distintas expresiones en sus rostros tensos.

—¿Aquí, en estos momentos? —balbuceó Huntsville.

—Exacto.

—Es difícil… casi imposible.

—¿Casi?

—No lo intenté nunca de ese modo.

—Hágalo ahora.

Por unos instantes nadie habló. El millonario parecía fascinado de pronto por ese desafío, Miraba a Dan con ojos entornados y de pronto murmuró:

—Por supuesto, está burlándose… Usted no cree en mis poderes extrasensoriales.

—Demuéstrelos, Huntsville.

Eva inició una débil protesta. Nat Gibbs juró que estaban todos locos, y su esposa se limitó a encogerse de hombros.

Patricia se echó atrás en su butaca y miró, perpleja, la alta y recia figura de Dan Lacy.

—Lo intentaré —susurró el médium—. Pero necesito silencio… un silencio absoluto.

Nat Gibbs barbotó:

—Eso es una solemne estupidez. ¿De veras crees que podrás hablar con tu hermano George?

—Sé que lo conseguiré… Invocar a George no es fácil… ya se «escapó» la última vez que lo intenté, pero tengo el convencimiento de que me hablará en el momento menos esperado… Silencio todos. Y mejor aún, piensen todos en George también…

El silencio se hizo realmente. Denso, profundo, casi irreal. En un cenicero humeaba un cigarrillo olvidado. Desde la pared, la mirada azul de la mujer del cuadro parecía concentrarse también en el

rostro crispado del médium, que con los párpados cerrados había quedado tan inmóvil como una figura de piedra.

Hasta que de repente Robert Huntsville se estremeció violentamente y comenzó a murmurar palabras ininteligibles. El nombre de George era pronunciado una y otra vez, angustioso como una llamada de socorro.

Desde la butaca en que estaba hundido, Dan Lacy no apartaba su mirada de aquel hombre que luchaba por desvelar el misterio de la muerte.

En aquel instante el cuerpo de Robert sufrió un atroz espasmo semejante a un ataque epiléptico. De su garganta surgió un sordo gruñido y aquélla no era su voz, sino otra mucho más profunda y ronca, y lejana, como si llegara de muy lejos.

—¡GEORGE…! —imploró el médium.

Un alarido brotó de sus labios, cortando el nombre. Hubo aún otro salvaje rugido y por un instante pareció que todos los huesos de su cuerpo iban a quebrarse bajo los embates de una fuerza infernal que retorciera cada uno de sus miembros.

Y mientras todos le miraban aterrados, sobresaltados y mudos de espanto, algo como una sustancia viscosa y no obstante etérea pareció desprenderse del cuerpo de Robert, de sus ropas, de sus cabellos erizados, rezumando cual una cosa viva…

El médium dijo, y tampoco era su voz:

—Te oigo… estoy aquí después de los siglos… otra vez.

—¿GEORGE? —imploró Robert.

—Soy George Huntsville… alma maldita porque con mi muerte condené a una inocente… mi bien amada… ¿Qué quieres de mí, tú, que caminas por mi mismo sendero?

—George… No eres mi hermano…

—Mi hermano yace devorado en las entrañas de esta casa. Él vertió mi sangre, ejecutó a mi bien amada. Pero el infierno confiere poder, pobre mortal, y por ese poder la historia se repetirá.

—¡AYÚDAME…!

Reinó un estremecido silencio.

De pronto, Eva empezó a chillar como una loca y Robert sufrió una bárbara contracción y quedó jadeando angustiosamente, aplastado contra la butaca.

Patricia musitó:

—¿Qué… qué fue eso, Dan?

Lacy le rodeó la cintura con el brazo apretándola contra su cuerpo.

—Tranquilízate. Tengo la impresión de que hemos visto realmente un jirón del más allá.

—Pero no era Robert quien hablaba… no era su voz ni esa manera de expresarse…

—¿No comprendes? Fue el hermano de George Huntsville, en 1876, quien le mató, acusando del crimen a su cuñada. Ésta fue ejecutada y de este modo se quedaba con la herencia de los Huntsville. Es ese criminal quien fue encadenado en la caverna para que fuera devorado por las ratas.

—¡Dan!

—Eso por lo menos es lo que entiendo, atando cabos y contando con lo que acabamos de oír. ¿Robert?

Huntsville parpadeó y abrió los ojos, mirándoles estupefacto.

Lacy gruñó:

—¿Recuerda usted lo que ha sucedido?

—Estoy confuso…

—¿No recuerda nada?

—Sí… el espíritu que me poseyó por un tiempo. Lo recuerdo…, pero no era mi hermano.

—Lo que fuere llegó del pozo del tiempo, Robert.

Nat Gibbs dio un brinco. Estaba rígido.

—¡Ha sido una magnífica representación, Bob! —Ladró, furioso—. Pero odio que me tomen el pelo.

Sin prestarle atención, Dan prosiguió:

—Ahora sabemos la verdad de aquel crimen cometido hace siglos. Pero esa «cosa» dijo que la historia se repetiría… ¿Lo recuerda, Huntsville?

—Sí… y no comprendo nada.

Gibbs exclamó:

—¡No sea estúpido usted también! Se supone que los reporteros tocan con los pies en el suelo. ¿Va a decirme que da crédito a esta sarta de insensateces?

Dan Lacy encendió un cigarrillo y se recostó contra el respaldo de la butaca.

—Amigo mío —dijo plácidamente—, tal vez todo sea una

paparrucha, pero si se toma la molestia de mirar a la pared verá que el cuadro ha volado otra vez. Y ninguno de nosotros nos hemos movido de aquí.

Se volvieron todos. Dieron tales saltos al ponerse de pie que sus movimientos resultaron hasta cómicos.

Ciertamente, el cuadro había desaparecido.

Se miraron estupefactos. Patricia tembló al aferrarse al brazo de su compañero.

—Dan —susurró—. ¿Viste…?

—Nada. Me di cuenta hace apenas unos segundos.

—Si es un truco, Robert… —La voz de Nat Gibbs se extinguió ante lo banal de sus palabras. El médium había permanecido todo el tiempo ante sus ojos. No había podido mover un dedo sin ser visto, y el cuadro estaba a cinco metros de él como mínimo.

—Se lo ha llevado —jadeó Huntsville—. Es el retrato de la esposa de George Huntsville… Su bien amada… ¡Dios mío!

—Su hermano también murió violentamente, Robert —dijo Dan pausadamente.

Pat dio un respingo.

Bob Huntsville parpadeó.

—En un accidente —dijo en voz baja.

—Pero violentamente. Y el espíritu, o lo que fuera, dijo que la historia se repetiría.

Tras un tenso silencio, Robert se levantó poco a poco, rígido como una tabla.

—¿Pretende acusarme de la muerte de mi hermano? —jadeó.

—Siéntese, no le acuso de nada. Usted estaba en Europa desde hacía meses cuando él se mató.

—Menos mal que acepta este hecho… Acepto a mi vez que por alguna increíble locura maté a esa pobre mujer. Pero no pude matar a mi hermano… ¡Jamás le deseé ningún mal, era un ídolo para mí! ¿Comprende? Siempre le admiré.

—Le creo. ¿Y usted, señora?

Eva parpadeó ante la directa pregunta.

—No comprendo —dijo secamente—. Nunca conocí a ese famoso hermano de Bob.

Lacy chupó el cigarrillo como si saborearlo fuera lo más importante de este mundo.

Con voz perezosa y suave dijo, no obstante:

—Miente, señora. Usted conocía bien a George Huntsville. Estuvo con él cuando abandonó la fiesta completamente bebido.

Fue como si hubiera estallado una bomba a los pies de los reunidos.

CAPÍTULO XII

EL silencio pareció prolongarse una eternidad.

Luego, Eva chilló:

—¡Está mintiendo! —Se volvió hacia su marido y señalando dramáticamente al reportero rugió—: ¡Echa a ese individuo de esta casa, Bob! ¿Lo oyes? ¡Quiero que lo eches de aquí!

—¿Por qué? —dijo Dan sin alterarse—. La verdad puede averiguarla cualquiera lo mismo que hice yo. Bueno, tal vez les cueste un poco más porque modestamente considero que soy muy bueno en mi trabajo…

—¡Fuera de aquí!

—Usted mantuvo relaciones con George Huntsville, mientras Robert estaba en Europa. La noche en que se mató, usted se reunió con él a la salida de la fiesta en que pilló una borrachera…

—¡Miente!

—Discutieron, lo he comprobado. Luego, él tomó su coche y partió como un rayo, tan furioso que usted hubo de saltar a un lado para evitar ser arrollada por el bólido que él conducía. Eso da a entender que los sentimientos de George Huntsville hacia usted, en aquellos momentos, no eran precisamente amistosos.

Nat Gibbs se irguió, lívido de ira.

—¡Le exijo que salga de esta casa, Lacy! —bramó—. No tiene ningún derecho a entrometerse en las vidas de los demás, y menos si se trata de nuestros mejores amigos.

Los ojos fríos del reportero se clavaron en él como dardos.

—¿Cuándo abandonó usted el teatro, Gibbs? —le espetó repentinamente.

—¿Qué…?

—Hablaremos de usted en otra ocasión, pero ahora interesa buscar una aclaración a las palabras de ese espectro, o lo que fuere que hemos oído…

Eva se irguió cuan alta era. Sus pechos apenas sujetos por la suave bata de seda acusaron su violenta respiración.

—Si no le echas de aquí a puntapiés —dijo rechinando los dientes y dirigiéndose a su marido—, no exijas que siga escuchándole.

Salió altaneramente de la estancia. Desde la puerta remachó:

—Estaré en «nuestra» alcoba… cuando quieras presentarme tus excusas por permitir semejante afrenta en nuestra casa.

Robert se cubrió la cara con las manos. Los Gibbs titubearon un instante y después, como si se hubieran puesto de acuerdo sin palabras, se fueron hacia la puerta y salieron a su vez con pasos firmes.

Patricia balbuceó:

—Dan…, lo que has insinuado es una cosa horrible. No tenías derecho a hacerlo a menos de contar con pruebas firmes…

—¿Has visto que yo haya publicado alguna vez un reportaje sin tener pruebas con que respaldarlo?

—¡Pero esto no es un reportaje!

Antes que él pudiera replicar, Robert Huntsville se levantó. Era un hombre realmente hundido.

—No quiero escucharle —dijo en un susurro—. Aunque fuera cierto el veneno que ha insinuado usted, no quiero oírlo… Le agradeceré que abandone mi casa cuanto antes, Lacy, y tú harás bien acompañándole, Pat.

Se fue con la cabeza hundida en el pecho dejando tras de sí un silencio cargado de angustia.

Al fin, Patricia indagó con voz débil:

—¿Qué es lo que sabes en realidad, Dan?

—Algunas cosas que no me gustan. Otras las imagino y aún me gustan menos… ¿Sabías que George Huntsville, el hermano de Robert, era un hombre disparatado, deportista, alegre, que escondía un carácter firme como una roca?

—Sí, pero…

—Claro, era tu primo. Bien, Eva le conoció y tuvieron relaciones… digamos íntimas si tus castos oídos rechazan el término adecuado.

—No puedo creerlo.

—¿Que se acostaban juntos? Lo he comprobado.

—¡Dan!

Él se encogió de hombros.

—Resultó un *affaire* muy discreto, eso sí. Pero no hay la menor duda de eso. Presumo que Eva le echó el ojo a los millones de su amante, pero para echarles además la zarpa necesitaba casarse con él, y ahí fue donde se estrelló. George Huntsville no era ningún romántico, y menos, tonto. Debió mandarla a paseo, también para decirlo de un modo correcto.

—¡Dan, maldita sea, habla en serio!

—Bien, se la sacudió de encima a pesar del constante acoso de esa espabilada dama: Hasta que ella se convenció de que había fracasado y que jamás llegaría al altar con George…

—¿Adónde pretendes llegar?

—A eso: George tenía un hermano. Más joven, inexperto, viajando por Europa para conocer mundo, recién licenciado en la Universidad. Casarse con Robert parecía mucho más fácil. Sólo que Robert era el segundón, no tenía fortuna.

—¡No sigas, Dan… es horrible lo que insinúas…!

—El coche que manejaba George era un «Jaguar» deportivo, prácticamente nuevo y repasado por el vendedor concesionario de la marca. Esos coches no tienen fallos capaces de hacerlos saltar de la carretera.

—Pero él conducía borracho.

—Ya lo sé. Y he visto el lugar por donde se despeñó. Además, hablé con la policía de carreteras, los primeros que acudieron al lugar del accidente. George frenó violentamente antes de precipitarse al vacío… para no estrellarse contra otro auto que le salió «por la derecha del “Jaguar”». El asfalto conservaba las señales de los neumáticos cuando los patrulleros llegaron allí.

La muchacha contuvo el aliento.

—Fue un crimen —remachó Dan Lacy—. Imposible de probar, pero un crimen con todas las de la ley. Y no es difícil de imaginar el objeto del encuentro de Eva con su examante… Discutir, ponerlo furioso hasta que perdiera la ecuanimidad. Eso, y la bebida, fue cuando necesitaron…

—Hablas como si se tratara de un complot…

—Debe serlo. Eva por sí sola es incapaz de planear algo semejante. Alguien la definió diciendo que era un hermoso cuerpo

lleno de curvas y vacío de ideas. Hubo alguien más.

—¿Los… Gibbs?

—Ajá.

—Dan, no…

—Tampoco puede probarse absolutamente nada contra ellos. Pero la policía, ahora, va a probar que tu primo asesinó a una mujer en un rapto de locura. El mismo admite que lo hizo, de modo que la cosa está clara. Será encerrado en un manicomio y declarado oficialmente loco. ¿Está claro? Incapacitado para manejar su fortuna… y Eva, ese hermoso cuerpo lleno de curvas, estará esperando los millones con las manos abiertas.

—¿Y el mayordomo? Fue otro crimen salvaje…

—Eso no lo comprendo. Pero puedes apostar que se lo cargarán a Robert y así habrán cerrado por completo dos asesinatos. Aunque el del mayordomo no encaja en ninguna parte porque nadie trató de achacárselo a tu primo hasta ahora. Me inclino a creer que el pobre tipo descubrió algo comprometedor y se vieron obligados a eliminarlo… como ahora tienen que eliminarme a mí porque sé quién es en realidad Nathaniel Gibbs.

Patricia contuvo el aliento.

—¿A ti? —jadeó.

Él sonrió.

—Y posiblemente a ti también. Se les presenta una noche de mucho trabajo. El espectro tenía razón… la historia se repite porque un inocente está a punto de ser condenado por un crimen que no cometió.

—¿Que Robert no… no mató a la sirvienta, creyendo que mataba a Eva?

Él sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No lo hizo. «No pudo hacerlo; ángel».

Ella se quedó sin aliento.

De modo que Dan Lacy añadió con fría calma:

—Esperaremos aquí, cariño. Porque no creo que quieras pasar la noche en tu cuarto…

—No me quedaría allí ni por todo el oro del mundo.

—Entonces, esperaremos aquí —repitió él.

—¿Qué hemos de esperar?

—A nuestros asustados asesinos, querida. Ojalá no me

equivoque con su manera de pensar porque si fuera así tu primo cargaría con dos asesinatos en su cuenta.

Rodeó el cuerpo de la muchacha con su brazo y estrujándola contra su pecho la besó.

Era la primera vez que Lacy besaba a Pat. La muchacha había imaginado en infinidad de ocasiones cómo debería reaccionar si él se decidía algún día a besarla. Él era el hombre más fascinante que nunca conociera, pero no ignoraba la fama de mujeriego que le rodeaba, ni las continuas visitas de mujeres a su apartamento, ni…

Bueno, ahora estaba besándola y esa suerte de llamarada que parecía culebrear por todo su cuerpo era algo con lo que no había contado.

Sintió como si la arrancaran dulcemente de este mundo y se dejó llevar, se dejó mecer por aquel fuego que la quemaba con dulzura, con un placer ignorado…

Hubiera podido llegar al cénit de la vida si se hubieran encontrado en otro lugar.

En la casona, no.

Porque aquél era el reino de los espíritus.

* * *

Eva se había encerrado en el dormitorio. Altaneramente, se había negado a abrir la puerta cuando Robert llamó casi con humildad.

Ahora pensaba en el siguiente paso. La policía ya tardaría poco en acudir en busca del supuesto criminal. Un proceso, algunos psiquiatras bien pagados… y los millones de los Huntsville caerían en sus manos como una fruta madura.

Se tendió en la cama desperezándose voluptuosamente. Semidesnuda, le gustaba admirarse a sí misma porque estaba orgullosa de su soberbio cuerpo.

Oyó el seco crujido sin apenas prestarle atención. Cuando se sueña con millones de dólares uno no pierde el tiempo con los ruidos de una vieja casa.

Después, cuando el extraño aire helado la envolvió, sí dio un respingo sorprendida.

Lo que vio la hizo brincar fuera de la cama con todo el horror del mundo culebreando por sus nervios.

En el rincón más alejado del cuarto se había abierto un boquete

en la pared de roca. Semejaba una puerta de piedra viva, y plantado allí había la espantable máscara de la muerte.

Era una visión nauseabunda, horrible, porque no se sabía bien si era medio calavera o medio cuerpo destruido y agusanado.

Eva intentó chillar. Boqueó sin voz. No podía gritar porque el terror paralizaba hasta la última fibra de su cuerpo.

Entonces, aquella espantosa visión avanzó tendiendo sus manos. Eran manos rotas, con los huesos astillados y en los que apenas quedaban jirones de piel amarillenta.

Ella retrocedió, esquivando aquel horror, jadeando porque no podía gritar. Apenas podía respirar.

Se deslizó a lo largo del muro. El espectro no tenía prisa, sólo la acosaba. Un extraño gorgoteo surgió de aquella boca que no era otra cosa más que un revoltijo de carne podrida. Pareció una risa bronca, sorda y atroz.

Cuando Eva se dio cuenta estaba junto al boquete abierto en el muro. Él, aquella «cosa», le cerró el paso obligándola a retroceder…

Se encontró dentro de la oscura oquedad apenas sin darse cuenta, con el espectro acorralándola allí dentro.

El muro comenzó a cerrarse en silencio. Ella dio otro paso atrás, sus pies encontraron el vacío y cayó de espaldas.

Entonces sí gritó. Al caer recobró la facultad de la voz y aulló bestialmente, con todo el espanto del infierno, mientras rodaba de escalón en escalón hasta detenerse en un plano inclinado, de piedra húmeda.

El espectro estaba también allí cual si hubiera llegado antes que ella. Siguió aullando y su voz rebotaba contra los muros de piedra.

El aparecido la acorraló contra un rincón. Ella, enloquecida, obrando por puro instinto, lanzó un zarpazo para defenderse. Prendidos en sus uñas quedaron pedazos de aquella materia en putrefacción que apenas cubría los huesos de la calavera…

El espectro estaba haciendo algo…

Cuando descubrió qué era estaba encadenada al muro por una sólida argolla.

Los embates del pánico y la locura la hicieron debatirse salvajemente hasta que el hierro de la argolla penetró en su piel, desgarrándola. Lentas gotas de sangre salpicaron el suelo.

El espectro retrocedía. Por primera vez Eva captó con su mirada

desorbitada todo el horror de aquel rostro destruido, con el cráneo roto y quebrado como un huevo semiaplastado.

—¡GEORGE…! —Bramó con toda su voz—. ¡NO, GEORGE…!

Él había llegado a los escalones. La miraba fijo con sus cuencas vacías.

Y de pronto se fue, o se esfumó. Eva no supo realmente por dónde ni cómo se había marchado.

Supo que estaba sola en esa caverna cerrada por toda la eternidad y empezó a sollozar a gritos.

¿Sola?

Algo pequeño y peludo le rozó la pierna. Oyó un agudo chillido.

¡Ratas!

CAPÍTULO XIII

—NATHANIEL GIBBS trabajó durante años en el teatro. Era uno de los mejores hipnotizadores que han existido —dijo Dan exhalando el humo del cigarrillo—. ¿Comprendes?

—Creo que sí… Y tenemos que hacer algo por Bob…

—Él habrá de poner mucho de su parte también. Gibbs debió hipnotizarle, y tras cometer él el crimen le hizo creer que mataba a Eva… Introdujo las imágenes en su cerebro porque nadie hipnotizado es capaz de cometer un acto que repugne tanto su conciencia como un crimen. Le hizo bañarse materialmente en la sangre de la pobre muchacha… y lo dejó cierto tiempo bajo el influjo de la hipnosis, para que su conciencia absorbiera aún más profundamente el convencimiento de que acababa de cometer un crimen atroz y salvaje.

—¿Cómo podremos probar eso, Dan?

—No hay forma de probarlo a menos que Gibbs confiese… y eso, ángel, no creo que sea tan fácil.

Tras ellos se abrió la puerta. La mano de Dan Lacy se deslizó bajo la chaqueta.

Era Robert Huntsville quien entraba.

—Eva no responde a mis llamadas a su puerta. Y los Gibbs se han encerrado y tampoco contestan cuando les llamo… No comprendo lo que está sucediendo, Lacy, pero hay que hacer algo…

—De modo que no contestan… Vamos a ver a los Gibbs. Me parece que lo mejor es echar por el camino más recto.

La puerta del dormitorio estaba cerrada por dentro. Dan la golpeó violentamente sin que nadie respondiera.

Pat susurró:

—¿Crees que han huido?

—¿Dejando la puerta cerrada por dentro? ¡Apártate!

Sacó una pistola automática y apuntó a la cerradura. El

estampido les dejó sordos. Dio un tremendo puntapié a la puerta y ésta se abrió con un crujido.

El interior de la habitación estaba sumido en penumbras. Dan tanteó hasta encender la luz y Patricia no pudo contener un alarido de espanto.

Sobre la alfombra yacía un cuerpo retorcido, casi negro como si hubiera sido abrasado por una llama gigantesca. Era el cuerpo de una mujer.

Más allá, al pie de la mesa, el cadáver de un hombre estaba tirado de bruces. También le había abrasado el extraño fuego destructor y era apenas reconocible. Toda la habitación estaba impregnada de un hedor nauseabundo que hizo retroceder a Pat hacia el pasillo.

Dan, estupefacto, sintiendo un largo escalofrío ante lo incomprensible, miró en torno. Sobre la mesa había una hoja de papel atestada de apretada escritura.

La tomó, leyéndola, y apenas pudo contener un grito.

—¡Es una confesión! —exclamó—. ¡Algo le obligó a escribirla…!

—¿Qué confesión, de qué está hablando? —balbuceó Robert.

—De sus crímenes… de los crímenes que usted no cometió. Pero lo más aterrador está ahí… Lea.

Con manos que temblaban, Robert tomó la hoja de papel y vio un último renglón escrito con una salvaje letra, extraña y apenas comprensible, desigual y rota.

«Vivid en paz. La historia no se repetirá…».

Una suerte de garabato que parecía la firma de un demente cerraba el mensaje.

A trompicones, Robert Huntsville abandonó la habitación. Dan le siguió, pero se detuvo junto a Pat y abrazándola dijo:

—Creo que debemos largarnos de aquí cuanto antes… Tú y yo pertenecemos al presente, a nuestro mundo loco de todos los días.

Ella asintió.

Bajaron las escaleras abrazados. Una vez abajo ella susurró:

—¿Y Eva, qué crees…?

—Después de lo que hemos visto no quiero ni saberlo. Ya no nos concierne.

Fuera, en la noche, parpadeaban las estrellas.

Los dos se detuvieron junto al coche que él había alquilado en el

aeropuerto.

—Yo también tengo un espejo enorme —dijo Dan de pronto—. Sin truco. Ocupa toda una pared. Cuando te reflejes en él el único que se interpondrá entre tu imagen y el espejo… seré yo.

—¿Quieres decir que vas a llevarme a tu apartamento?

—Ya puedes jurarlo. A rastras si es preciso.

El coche partió como una centella.

Patricia Hill supo que él no necesitaría arrastrarla precisamente.

Pensó en su imagen reflejándose en el gran espejo de Dan y se echó a reír.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en novela de acción reportaje, narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó entre otros muchos, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron (en terror y policiaco), Gordon Lumas (para las novelas del oeste).